



Colección Poesía del Mundo
Serie Antologías

Los poetas metafísicos
ingleses
del siglo XVII



Caracas - Venezuela
2007

Los poetas metafísicos ingleses del siglo XVII



Selección, prólogo, traducción y notas biográficas
de Enrique Caracciolo Trejo

Ministerio del Poder Popular para la Cultura
Fundación Editorial el **perro** y la **rana**

© Fundación Editorial el **perro** y la **rana**, 2007

© Traducción: Enrique Caracciolo Trejo

Av. Panteón, Foro Libertador,
Edif. Archivo General de la Nación, planta baja, Caracas 1010.
Telfs.: (58-212) 564 24 69 / 808 44 92 / 808 49 86 / 808 41 65

Fax: (58-212) 564 14 11

Correos electrónicos: elperroylaranaediciones@gmail.com
comunicaciones@elperroylarana.gob.ve
editorial@elperroylarana.gob.ve

Hecho el depósito de Ley

Depósito legal: If40220068004934

ISBN: 980-376-319-9 (Colección)

ISBN: 980-396-391-0 (Título)

Diseño y diagramación de colección:

Fundación Editorial el **perro** y la **rana**, 2007

Diseño de portada:

Clementina Cortés

Rediseño de portada:

Fundación Editorial el **perro** y la **rana**

Edición al cuidado de:

Paola Yáñez

Diagramación:

Raylú Rangel

Corrección:

Marjori Lacenere

Gema Medina

Impreso en Venezuela



Presentación

Poesía del Mundo, de todas las naciones, de todas las lenguas, de todas las épocas: he aquí un proyecto editorial sin precedentes cuya finalidad es dar a nuestro pueblo las muestras más apreciadas de la poesía universal en ediciones populares a un precio accesible. Es aspiración del Ministerio del Poder Popular para la Cultura crear una colección capaz de ofrecer una visión global del proceso poético de la humanidad a lo largo de su historia, de modo que nuestros lectores, poetas, escritores, estudiosos, etc., puedan acceder a un material de primera mano de lo que ha sido su desarrollo, sus hallazgos, descubrimientos y revelaciones y del aporte invaluable que ha significado para la cultura humana.

Palabra destilada, la poesía nos mejora, nos humaniza y, por eso mismo, nos hermana, haciéndonos reconocer los unos a los otros en el milagro que es toda la vida. Por la solidaridad entre los hombres y mujeres de nuestro planeta, vaya esta contribución de toda la **Poesía del Mundo**.

Sobre la presente edición

He aquí un libro que, en su primera aparición en 1961, atrajo a los lectores más entusiastas y devotos de la lírica inglesa. Cuarenta y cinco años más tarde, la impresión que recibe el lector es la misma, como un fulgor incandescente e inextinguible, dilatado en el tiempo inconmensurable de la poesía universal. Se debe en principio al gran trabajo realizado por el investigador, Enrique Caracciolo Trejo, publicado por vez primera por Ediciones Assandri, Córdoba, y que hoy dejamos en las manos de los lectores con la certeza de que siempre, en cada nueva lectura, encontrarán un mensaje tocado por la particular naturaleza humana.

Los editores

Prólogo

I

El uso ha consagrado la denominación de “metafísicos” que el Dr. Johnson dió a aquellos poetas ingleses que en el siglo XVII constituyeron un movimiento literario. Luego la crítica ha debido indagar hasta qué punto ese nombre es procedente. En realidad, toda poesía verdaderamente honda y esencialmente tal, es metafísica. Es decir, inquiera por el problema del ser. En cierto modo, a ello se refería Martín Heidegger al hablar de poesía como de “enunciación del ser”(1). Sin embargo, en sentido que podríamos considerar absoluto, no se ha caracterizado a los “metafísicos” ingleses. Se ha aplicado tal nombre, quizá un tanto caprichosamente, a una nueva forma de expresión, más libre, menos convencional, en la que el poeta desarrolla, a través de símiles y metáforas muy elaboradas, un pensamiento.

Limitativa como puede ser esta denominación, impresionista, en varios sentidos, como más apta que otras, ya que implica una alusión al retorno hacia una poesía más intensa, en la que vuelve a evidenciarse la ansiedad de penetración de una realidad. Contrasta, de ese modo, con la plácida idealización que dominaba la poesía medieval italiana, en la que había bebido el siglo elisabetano. Hay un esfuerzo intelectual que es difícil encontrar en la poesía inmediatamente anterior; como asimismo, un uso de imágenes más rico en connotaciones bíblicas y mitológicas. Particularmente, llama la atención el equilibrio exquisito, y a menudo sorprendente, entre pensamiento y sentimiento. La razón nos dará frutos deseables y una prieta

conjunción de razones fructificará en una brillante argumentación, a la que flores líricas otorgarán ornamento. Debemos señalar que esta actitud hacia la poesía, que muchas veces llega a confundirse con el ingenio, es común a casi toda Europa en el siglo XVII. Ya sea *argutezza* para los italianos, “agudeza” para los españoles o *wit* para los ingleses, el comportamiento psicológico es muy similar. Baltasar Gracián en su *Agudeza y arte del ingenio* puntualiza qué consideraba él el ingenio: “Cada potencia tiene un soberano entre sus objetos; entre los de la mente reina soberano el concepto, triunfa la agudeza. Aquello que para los ojos es la belleza y para los oídos la armonía, para la mente es el concepto”. Es de señalar que concepto y agudeza están aquí casi confundidos: Y ese concepto, así considerado, no es otra cosa que el “conceit” de los ingleses. Agreguemos que ya para Gracián el concepto consistía “en una armónica correlación entre dos o tres extremos conocibles expresada con un acto del intelecto”. John Donne no hizo más que aplicar esta noción, que estaba en el espíritu de la época, a su poesía. Pero no debemos pensar que estas actitudes de Donne son propias de la creación poética únicamente. Es elocuente aquella anécdota que refiere que el día en que la felicidad pareció alejarse para siempre del poeta y su mujer, Donne escribió: John Donne – Ann Donne – *Undone*. *Undone* significa “destruidos” y es fonéticamente muy similar a “Ann Donne”. Esto es lo que expresó su desesperación en un acto de ingenio.

Una inspiración de índole similar se manifiesta en la poesía de Marino, en las “Soledades” de nuestro Góngora; y, mucho antes que Donne, E. Philip Sidney en su “Arcadia” y el mismo Shakespeare, y Chapman, y Webster ya encuentran

deleite en una forma poética un tanto sobrecargada. Tal vez no sea inadecuado, entonces, pensar en el movimiento “metafísico” como en una expresión del barroco europeo.

Los poetas metafísicos ingleses pertenecen a una época determinada; fueron conmovidos, en su mayoría, por los mismos acontecimientos históricos. Las ideas filosóficas del momento, aceptadas o no, son el punto de partida de su concepción del mundo. Sobre todo, padecen las dudas y las zozobras de un período de transición, cuando los pilares que sustentaban una sociedad determinada se derrumban y el hombre debe preguntarse por el sentido de toda su existencia. El siglo XVII en Inglaterra es un siglo torturado. Particularmente su primera mitad. Es una época de reacción. Pero si bien los estímulos son muy similares, las reacciones son muy diversas. Estos poetas son esencialmente individualidades, y los ecos que resuenan en sus voces, si bien nos traen menciones de un tiempo dolorido e intenso, surgen de una síntesis personal.

El siglo elisabetano tiene una visión total, “cerrada”, del mundo. Es decir, el universo se ordena en esferas concéntricas. La astronomía de Ptolomeo es aceptada. El centro es la Tierra y el hombre, la criatura elegida, es el nexo entre lo superior y la naturaleza inferior. Hay una idea jerárquica del universo y de la vida que penetra todas las manifestaciones humanas. Y la fe y la razón no son términos que se oponen. De igual modo, en el proceso de creación literaria notamos que los elementos poéticos elisabetanos son fundamentalmente ornamentales. Su fantasía los llevaba hacia la búsqueda de lo bello. La fantasía de los “metafísicos” los impulsaba hacia la abstracción. Este proceso es evidente en la concepción poética de Chapman, por ejemplo,

quien en “The Shadow of Night” ha trascendido la personificación spenseriana y nos trae sugerencias de los himnos de Novalis. Aquella plácida simplicidad que caracteriza la poesía elisabetana ha dejado su lugar a la grandiosidad y complejidad de los “metafísicos”, anunciando el advenimiento de tiempos nuevos, cuando el hombre está roído por la duda, cuando la fe se torna en algo restringido a su dominio y a la razón se le abren los caminos del conocimiento a través de la indagación científica. Otra edad en que la medida y la ley, surgidas de la experiencia, reemplazan al viejo método que se basaba en la autoridad y en la analogía. Hay, en consecuencia, reacción contra toda forma de medievalismo. Los problemas religiosos inquietan los espíritus y la polémica en torno a la interpretación bíblica, al ritual y a una ética cristiana es compartida, de modo diverso ciertamente, por todas las clases sociales de Inglaterra. Tal situación habrá de desembocar en la guerra civil, manifestación terrible de fervores encontrados. Estos hechos históricos influirán decisivamente en la vida de los poetas ingleses de este siglo, y contribuirán, de alguna manera, a formar su concepción del mundo. Es un tiempo en que la soledad y el aislamiento son casi imposibles. Un tiempo en que la definición, la decisión, confronta diariamente los espíritus.

Fruto de esa experiencia vital, rica, intensa, multiforme, la poesía de los metafísicos se nutre en todos los órdenes de lo humano. Han poetizado todos los sentimientos e ideas. Y esto, de modo tan directo, con inmediatez tan sorprendente, que sentimos el soplo de vientos renovadores. Es quizá esa libertad de temas y expresión lo que nos hace percibir que en esas almas hay mucho de lo que habita al espíritu contemporáneo. Y, sin

duda, en ello está la razón de este verdadero redescubrimiento. Solamente en nuestro siglo se ha indagado en el mundo espiritual de estos poetas sin prejuicios. ¿A qué se debían los airados juicios de Sir Walter Scott y las indiferentes palabras de Hazlitt acerca de John Donne? Llamará la atención que en su tiempo De Quincey señalara el valor de esta obra poética. Y aunque De Quincey es a menudo sorprendente, debemos ver en sus juicios algo así como cierta hermandad con estos poetas. La verdad es que De Quincey es un precursor de nuestros gustos actuales y, no importa lo lejos que estén de nosotros, los metafísicos también lo son.

En Inglaterra se vive, al mismo tiempo, el clima de dudas que es dable encontrar en Europa. Sobre todo, una visión mágica de la vida se insinúa en las obras de escritores y poetas. Algo cuyo vago origen lo situamos en el mundo de la alquimia. Y, particularmente, notamos cierto gusto por lo macabro. El esqueleto se torna en elemento decorativo. Las alusiones a la corrupción de la carne se encuentran a cada paso. El gusano se convierte en símbolo. Y todo este extraño comercio con lo sobrenatural nubla una visión cierta de la realidad. Es como si el misterio del mundo impusiera en lo conocible su desproporción. Hay un sentido de desastre que tomará, en consecuencia, formas apocalípticas. No es causal que los héroes de los dramas jacobinos sufran a la vez el miedo de la vida y el terror de la muerte.

En resumen, se vive la dualidad de la transición. John Donne, tiene una visión más medieval del mundo. Y, por otro lado, Abraham Cowley abraza las ideas de Hobbes y no esconde su entusiasmo por los logros de la ciencia. En cierta

medida, estos poetas son los límites entre los cuales toda una gama de actitudes y tendencias se nos ofrece.

El panorama filosófico de esta época está dominado por Thomas Hobbes. Sin embargo, pueden anotarse contribuciones interesantes –y representativas– en las obras de Martin Fotherby, George Hakewill y Robert Greville. Hay que destacar que los trabajos de estos pensadores son esencialmente teológicos y que rozan, únicamente, los temas propios de la filosofía. Greville, particularmente, rehúsa distinguir entre filosofía y teología. Hay un retorno al platonismo. El mismo Greville preparó un tratado de ideas fundamentales que luego halló aplicación y frutos en las obras de los “*Cambridge Platonists*”. El pensamiento de Greville se sustenta en dos principios: el de la unidad de la realidad y el principio de emanación de todas las cosas de Dios. Al mismo tiempo, afirma que la diversidad del mundo carece de realidad y que sólo nuestra aprehensión, imperfecta, crea esa falsa noción. Anticipa, así, el idealismo de Berkeley.

No es correcto afiliar la filosofía de Hobbes a la de Bacon. El sistema de Hobbes difiere del de Bacon no sólo en método, sino en temperamento y ámbito de aplicación. Pero hay que destacar un aspecto común: la aceptación del principio de la teoría mecánica. En verdad, ambos son deudores de Galileo. En torno al problema metafísico, Hobbes polemizó con Descartes en su trabajo *Objection*. Sin embargo, entre actitudes filosóficas tan diferentes era difícil aun el simple diálogo. Como sabemos, para Descartes la primera noción innegable que poseemos de nuestra realidad es nuestra mente. Hobbes creía que el movimiento es lo que nos da la

certidumbre de la realidad exterior. Y tal concepto trató de aplicarlo al pensamiento y a la sociedad.

El problema del hombre del siglo XVII estaba planteado entre disyuntivas capitales: catolicismo o protestantismo, la fe o el racionalismo. Y, a partir de esos rumbos, las implicaciones políticas que tales actitudes presentaban. El intelectual debía, necesariamente, comprometerse en una lucha de partido. John Donne sufrió con intensidad el rigor de estas alternativas, ya que era un católico por cuna, en un país de protestantes. La dilucidación de problemas teológicos tuvo para él una urgencia particularísima. Y si bien su actitud fue de conciliación entre los credos religiosos en pugna —“All Churches are beams of a sole Sun”— abrazó el protestantismo.

II

John Donne (1572–1631) es, sin lugar a dudas, el escritor más importante de este movimiento. En él se valora, además de su talento literario, la extraordinaria actitud psicológica de síntesis que requirió para realizar su obra. Donne vio la realidad multiforme en su unidad esencial. Su pintura del mundo y de su experiencia tiene fundamentos en una sagacidad que le permitió entrar en el corazón de las cosas. Su otra condición es la audacia. Donne se opuso a los gustos de su tiempo con la seguridad del iluminado. No es extraño que toda una tradición se estrellara en ese espíritu lúcido. Porque en Donne hay una real ansiedad de verdad y una desprejuiciada actitud de conocimiento. En otras palabras, en él hallaremos un rigor y una observación seria y penetrante del mundo, libre de toda afectación o

melindre. El gesto de desafío de Donne es expresión de una personalidad vigorosa y de una convicción segura. Es por eso que lo opuesto despertará en él alguna idea de semejanza:

Oh, to vex me, contraries meet in one.

Por eso su amor, su odio, su risa, su fe, su Dios, no son lo que eran para sus contemporáneos. Analizadas estas tendencias, hallamos que esa originalidad se sostiene en su urgente necesidad de verdad. Debemos señalar que su honda penetración en el conocimiento del hombre y de la vida es lo que le ha conferido, fundamentalmente, su extraordinaria singularidad.

Para quienes han formado sus gustos literarios en la frecuentación de los poetas y escritores elisabetanos, uno de los aspectos de Donne que más llama la atención es su tono directo. Debemos tener en consideración que solamente por 1590 algunos dramaturgos comenzaron a usar un lenguaje similar. En la poesía lírica anterior no se hallan antecedentes; aunque Wyatt, en cierta medida, insinúa el estilo de Donne. Pero es evidente que esta nota dominante en su poesía proviene de una indudable aspiración hacia un realismo que, a pesar de todo, no llegó a prevalecer sobre la norma o el precepto métrico. Hay, sin embargo, un tono, que se aproxima más a la conversación que al canto.

La poesía de Donne encontrará su sentido y su armonía en su realidad total. La extraña mixtura, tanto más extraña cuando recordamos su data, de lo coloquial y lo inusitado, producía, nos imaginamos, el efecto más inesperado.

Inútilmente habremos de señalar descuido en la versificación. Lo que hay de inesperado en Donne es el resultado de una deliberada y elaborada búsqueda. En general, sus poemas viven una tensión intelectual que no es usual en la poesía de su tiempo. Pero aunque su metáfora tiene origen en una actitud perfectamente racional, en oposición a esos estados de exaltación lírica que a menudo hallamos en Crashaw, su preocupación fundamental no es el pensamiento. Sus temas esenciales son sus afectos personales.

Hay en la poesía de Donne una cadencia que le es propia. Un sentido poético que parece sustentado por igual en su ingenio y en su expresión directa la que contiene alusiones no exentas de humor:

Fíjate en esa pulga, fíjate sólo en esto,
Qué pequeño es aquello que me niegas,
Ella primero me chupó a mí, ahora lo hace a ti,
Y en esa pulga, nuestras dos sangres se unen
Tú sabes que en ello no hay pecado,
Ni vergüenza, ni perdida virtud,
Y sin embargo, eso alegre, no ensombrece,
Y satisfecha, se hincha con sangre hecha de dos,
Y esto, ay, es más de lo que haríamos.

La poesía amorosa de Donne posee una frescura, una espontaneidad excepcional. Recordemos aquello de *For God's sake hold your tongue and let me love* (“¡Por Dios! para esa lengua y déjame amar”). Pero el de Donne no es el amor de los adolescentes, es algo total, viril, como ha sido dispuesto por las

leyes de la vida. Por eso escribió un día su poema “Going to bed”, porque no había que callar la verdad del amor en el que somos hombres y mujeres. En sus famosas “Songs and Sonnets” Donne ha expresado su actitud ante el amor. Se ha insistido en encontrar referencias autobiográficas en estos poemas, como en las *Elegías*, pero aun si las hubiera, la experiencia vital ha quedado escondida en el ropaje poético, en los mil juegos de ingenio en que Donne se contentaba. Es evidente que su posición frente al amor proviene de una suerte de naturalismo al que se oponen prejuicios y convenciones sociales. En este aspecto, su originalidad es más notable, ya que no debemos olvidar que en una época en que se tenía una noción medieval del amor, cuando se cantaban mujeres con cuerpo de alabastro, con piernas de marfil, con cabellos de oro y dientes de perlas, Donne nos muestra una mujer diferente, falsa o fiel, escéptica o devota, constante o inconstante; una mujer tan compleja como es, en realidad, un ser humano. Y como las limitaciones de la convención social no lo ataban, nos confesaba que *Loves sweetest part, Variety* (“el aspecto más dulce del amor: la variedad”). En otra parte Donne nos expresará su admiración por los antiguos *who held plurality of loves no crime* (“quienes no tenían por crimen la pluralidad de amores”). Sin embargo, como esta poesía se sostiene en el artificio lógico, una vez que hemos sentido el placer que esos ejercicios dialécticos nos deparan hallamos que mucho se ha perdido. Debemos reconocer que este tipo de poesía amoratoria carece de aquella cualidad inefable que hace, por ejemplo, que los sonetos de Shakespeare nos descubran, cada vez que volvemos a ellos, nuevos mundos.

Las *Elegías* tienen temas similares, pero en ellas notamos un tono diferente. Una expresión más vigorosa. Escritos en pentámetros yámbicos, no siempre perfectos, traen un eco de *Los Amores* de Ovidio, tanto en los temas, como en algunas situaciones. La variedad de motivos poetizados es grande. Hay alusiones a la mutación y a su resultancia: la vejez; a la infidelidad, a la urgencia del sexo que engendra la perfidia y los actos más crueles, etc. La “Elegía IX” (La Otoñoal), que hemos incluido en esta selección, es una de las más bellas, aunque, tal vez, no sea la más representativa.

Como dijimos más adelante, los poemas de Donne se resuelven en una argumentación. Hay críticos que se han propuesto demostrar la falacia de sus razonamientos. Esto nos parece que denuncia un desconocimiento de la obra. Tenemos que tomar sus “verdades” poéticas como unidades en sí mismas. Como “verdades” que pueden ser negadas por la medicina o la química, pero que tienen una validez poética. Nos referimos a aquellas verdades de las que Cecil Day Lewis decía lo siguiente:

Con respecto a la verdad poética, esto es, al reordenamiento, la recreación y la interpretación de la experiencia humana a través de la poesía, ambos –poeta y lector– deben hacer un acto de fe. Cada uno debe creer que la vida posee ciertas clases de verdades que pueden transmitirse mejor, o únicamente, por medio del arte, y que la poesía no ha sido relevada de esta función por ningún otro arte.

Los poemas de Donne constantemente nos enfrentan a ciertas doctrinas cuyas fuentes están en Aristóteles y, posiblemente, en el neo-platonismo de Plotino; pero esas ideas son medios para Donne, nunca son fines. Sirven para posibilitar el despliegue de su imaginación más que para sustentar una actitud. Solamente en los *Sermones* y en algunos sonetos de la serie de *Sonetos Sacros* encontramos una verdadera preocupación intelectual en el uso de tales principios. Sin embargo, el problema de la relación entre el cuerpo y el alma es uno de los problemas capitales en él. Y la solución se acerca mucho a la propuesta por San Agustín. Es decir, hay un deseo, que en Donne es obstinado, de no despreciar el cuerpo. Pero más allá de todos estos principios un escepticismo impregna sus gestos. Es un escepticismo que nace en las esencias de su espíritu. Que surge de una comprensión, quizá demasiado clara, de las limitaciones y contradicciones de la fragilidad de los valores humanos, en la conciencia de que el bien y el mal se nutren mutuamente, que la belleza se alimenta en lo horrible, que lo sano ha crecido a expensas de la enfermedad:

There's nothing simply good nor ill alone.

Los argumentos preferidos del Donne predicador son consideraciones sobre la muerte y el pecado. Y es en sus *Sermones* donde ha tratado más inspiradamente estos temas. A pesar de que las costumbres imponían la composición de poesía sobre motivos religiosos, no se puede considerar a Donne, al menos hasta 1615, un poeta religioso. Composiciones como “The Crosse” o “The Litanie”, por ejemplo,

carecen de tal carácter. La muerte de su mujer, Ann More, ocurrida en 1617, que lo sumió en la más total desesperación, fue tal vez el hecho que lo impulsó a la creación de obras verdaderamente religiosas. Y aquel poeta que veía la muerte como una liberación, como algo que da al hombre la noción más cabal de finitud –recordemos el *Biathanatos*– la ve, en los *Sonetos Sacros*, como el comienzo de otra vida que, a través del juicio divino, está unida a la terrena. La muerte le abre los caminos de la eternidad:

One short sleep past, we wake eternally.

Sin embargo, los sonetos constantemente nos traen menciones de sus dudas, de su implacable incertidumbre:

Sweare by thyselve, that at my death thy sonne
Shall Shine as he shines now, and heretofore;
And, having done that, Thou haste done,
I fear no more.

Asimismo, en el soneto I (*Thou hast made me, and shall thy work decay?*) sentirá que aún no está preparado para el viaje a lo desconocido. A ese desconocido que despertará en él no una idea de paz, sino un sentimiento de terror. Una y otra vez hallaremos manifestaciones de su adoración a Dios, esencialmente agónica, desde su posición de criatura imperfecta:

Why doth the devil then usurp on me?
Why doth he steal, nay ravish that's right?

En otro soneto (*At the round earths imagin'd corners*) implora a Dios que alargue su permanencia en la tierra para poder arrepentirse más plenamente.

El tratamiento de los temas se realiza en los *Sonetos Sacros* con una simplicidad que no conocíamos en Donne, si bien encontramos a veces los usos dialécticos de su poesía juvenil. Solamente en algunos de sus últimos himnos su entrega a Dios será total, sin reservas, y su verso tendrá la placidez, la calma que jamás poseyó.

Tal es, brevemente reseñada, la personalidad de John Donne, cortesano y misántropo, amante platónico y libertino, asceta y disoluto.

III

George Herbert (1593–1633) utilizó los principios poéticos de Donne en su poesía, que es eminentemente religiosa. Hay una diferencia establecida por temperamentos y actitudes diversas. Fundamentalmente, Herbert no posee la agresividad de Donne. En cuanto a los elementos poéticos que usa hay que señalar que Herbert se mueve en un orden estricto de observación de las normas métricas. Donne encontraba material para sus elaboradas metáforas en un amplio campo que comprendía la ciencia y la pseudociencia: en astrología, en alquimia, como asimismo, en sus relaciones mundanas. Herbert, aunque a menudo hace ostentación de innegable ingenio, halla sus elementos poéticos en la simpleza de su vida cotidiana. Ha poetizado sutilísimos aspectos de su experiencia religiosa y de las vivencias más comunes. En el poema “Virtud”, por ejemplo, es observable

que el gozo que le otorga un bello día, una rosa, está proyectado hacia una reflexión sobre la fragilidad de aquello que nos da el mundo. Herbert no se asoma a la Teología más que con una finalidad práctica. En este sentido, también difiere de su antecesor. Es necesario recordar que Herbert no vivió el conflicto espiritual de Donne. Para él solamente existió una Iglesia: la Anglicana. Sus problemas espirituales se plantearon en la contradicción entre sus ambiciones personales y sus logros. Su poesía ha recogido a veces menciones de tales fricciones. Pero además de aquellos temas que hacían directamente a su ministerio –la Encarnación, la Pasión, la Trinidad, el Bautismo– Herbert ha sido atraído por el tema del pecado y la redención, como proyección de la contradicción entre cuerpo y alma.

En realidad, constantemente sentimos que la personalidad de Donne nubla la de estos poetas que, de modos diversos, lo siguieron.

IV

Henry Vaughan (1622–1695), aunque tuvo al comienzo una experiencia vital muy diversa de la de Herbert –de aquí su primer libro *Poems*, que contiene poemas amatorios– abrazó su fe con singular fervor y ha pasado a la historia de las letras inglesas como otro *devotional poet*. En este aspecto de su creación que tiene expresión, fundamentalmente, en *Silex Scintillans* Vaughan ha imitado a Herbert. Pero, en sus mejores momentos, el verso de Vaughan tiene cualidades que le son propias. Con respecto a Herbert presenta sustanciales diferencias, notables, generalmente, en la intensidad con que se

entrega a la contemplación divina. Porque en Vaughan es dable encontrar cualidades de un místico. Por otra parte, hay en su temperamento una fuerza que lo impulsa hacia la naturaleza. Muchas veces su canto se elevará en alabanza de Dios cuya faz verá en las estrellas, en la luz, en las mil formas de la realidad. Otras, un sentimiento habrá de habitarlo que lo impulsará hacia la búsqueda de la soledad y el aislamiento.

En las obras de Vaughan hallamos un lenguaje de contrición, un reconocimiento constante de la propia culpa. Por momentos sentimos que esa autocondenación no es absolutamente verdadera, que Vaughan ha caído en la exageración llevado, tal vez, por una ansiedad sincera de purificación. Sin embargo, sus versos más hermosos han surgido al cantar el tema de la salvación y no el pecado. Urgido por ese hondo deseo de posesión de lo divino, la infancia fue para él la edad en que más cerca estamos de Dios; así como fue el mundo puro y sin culpa en su comienzo. En este sentido, Vaughan es un precursor de Wordsworth, si bien el primero abunda en elementos poéticos propios de su tiempo que dan a su poesía un acento muy diverso del que posee la del autor de “Intimations of Immortality”.

V

Richard Crashaw (1612–1649), otro de los *devotional poets*, nos impresiona, cuando lo comparamos a Herbert y Vaughan, como más inspirado. O más exactamente, como poseedor de una inspiración menos condicionada a adaptarse a las exigencias y a las limitaciones de un credo. Las imágenes

poéticas de Crashaw fluyen con una pujanza incontenible. Hay en él una actitud de raptó, de entrega, de exaltación, que no es fácil encontrar en Herbert o en Vaughan. Quizá la sensibilidad de Crashaw nos resulte más afín porque él buscó sus modelos en la poesía italiana y española antes que en la inglesa. Debemos recordar que muchas de sus obras consisten en traducciones y que su versión del primer canto de “Strage degli Innocenti” de Marino, es una contribución valiosa.

Aunque su padre fue protestante y trató de inculcarle sus ideas, Crashaw se convirtió al catolicismo. Este hecho puede revelarnos la personalidad del poeta. Y ya que no hallamos en él una preocupación teológica, pareciera que Crashaw tomó esa determinación por una razón de orden temperamental. Las diferencias que notamos entre su poesía y la de los otros *devotional poets* son proporcionales a la diversidad de credos religiosos. Herbert y Vaughan se nutren en la Biblia, en la palabra de Dios revelada; Crashaw en lo ornamental, en lo adjetivo del culto católico. Ha usado hasta el exceso los símbolos del catolicismo. La imagen de Jesús crucificado vuelve una y otra vez. Las heridas de Jesús son a veces bocas y ojos:

O these wakeful wounds of thine!
Are they mouths, or be they eyes?
Be they mouths, or be they eyne,
Each bleeding part some one supplies.

La madre de Jesús y María Magdalena, también atributos en el cuadro de la crucifixión, son imágenes del dolor, del sufrimiento más hondo.

Nos parece que los poemas de Crashaw que justifican su inclusión en esta selección de “metafísicos” son aquellos sugeridos por motivos mundanos. Tal la razón de que presentemos a “Horóscopo de Amor”. Sin embargo, la mejor poesía de Crashaw quizá no sea la de este tipo. En verdad, el “Himno a la Navidad” y el “Himno a Santa Teresa” están entre las obras más bellas de la época. Ya hay una buena traducción de la segunda. Las cualidades más valiosas de Crashaw están presentes en estas dos creaciones, frutos de un lirismo exaltado.

La poesía de Crashaw es irregular. Encontramos a veces metáforas de gusto dudoso; pero hay momentos de bello equilibrio entre una ardiente imaginación y una emoción serena:

Te vimos en tu nido perfumado,
Joven aurora de nuestro eterno día!
Vimos nacer tus ojos en Oriente
Y ahuyentar a las sombras temblorosas.
Te vimos, y esa visión nosotros bendecimos,
Te vimos por tu propia y dulce luz.

Para escribir sus himnos Crashaw bebió en la poesía de Virgilio. En su “Himno a la Navidad” ha usado nombres de pastores de las églogas: Tityrus (Títiro) tomado de la primera y Thyrsis (Tirsis) de la séptima. Creemos que en varios sentidos Crashaw ha superado al modelo latino.

VI

Andrew Marvell (1621–1678) habita un mundo poético muy similar al de Donne. Nos impresiona como la otra cumbre que hallamos en este grupo de poetas. En realidad, no son muchas las composiciones que le han conferido su excepcional perdurabilidad. Porque Marvell ha sido elogiado en épocas muy diferentes. Lo estimaron sus contemporáneos. Dryden y Pope lo tuvieron por uno de los genios de su siglo. Ha pasado el romanticismo sin despertar enconos y el siglo victoriano lo tuvo en lugar prominente. Finalmente, la crítica contemporánea trata de volverlo a una popularidad que quizá sólo conoció en su propio tiempo. Su producción poética es breve; pero más breve es la porción de su poesía leída y considerada. En verdad un puñado de poemas nos dan la medida exacta de su genio. “To his Coy Mistress”, “The Definition of Love”, “The Garden” y tres o cuatro piezas más, sintetizan sus cualidades. Marvell poseyó una extraña capacidad para proyectar los contrastes de que se alimentaba la poesía “metafísica” a dimensiones cósmicas. T. S. Eliot, en su célebre ensayo, señalaba que esa capacidad para moverse vertiginosamente de lo pequeño a lo inmenso, de lo brevísimo a lo eterno, y viceversa, es una de las notas dominantes en la mejor poesía “metafísica”. Es esa cualidad que Donne, Marvell y Henry King poseían muy particularmente. Dice Marvell:

Tuviéramos tan sólo un mundo y tiempo suficiente
Esta timidez, señora, un crimen no sería.

Tú a la vera del Ganges
Encontrarías rubíes: Yo a la orilla del Humber
Habría de lamentarme.
Te amaría desde diez años antes del Diluvio:
Y, si así te place, habrías de rehusarme
Hasta la conversión de los Judíos.
Cien años pasarían en loar
Tus ojos y contemplar esa Frente.
Doscientos en adorar cada seno.

Este tema tratado en “To his Coy Mistress”, si bien no es absolutamente original, cobra proporciones y matices novísimos. Y luego, contrastando con esta larga metáfora, hay un retorno a la condición humana:

Pero a mis espaldas siempre escucho
El alado carruaje del Tiempo que se acerca de prisa;
Y más allá, ante nosotros yacen
Desiertos de vasta Eternidad.

Plenos de imaginación, apasionados, paradójales, estos versos dan manifestación cabal del mundo espiritual de Marvell, quien une, al mismo tiempo, cualidades propias de Ben Jonson, al menos en lo que hace a la música de su poesía. En “The Definition of Love” ha trabajado con un material poético complejísimo. Este es uno de los ejemplos más característicos de poesía “metafísica” ya que en él se hallan realizados los ideales poéticos de ese tiempo.

Sin la singularidad de Marvell, Henry King reúne notas distintivas comunes a aquél y a Donne. Y al igual que

Marvell unos pocos poemas nos pueden dar idea de su talento. “The Exequy” y aquél que comienza: *Tell me no more how fair he is* (“No me digáis ya más cuán bella es ella”), son muy representativos. “The Exequy” es una larga metáfora que se prolonga por todo el poema; y no podemos dejar de experimentar la certidumbre de que fue escrito al influjo de un solo sople de inspiración.

Aurelian Townshend y Lord Herbert De Cherbury han dejado piezas magníficas, pero no poseen, en general, la condición creadora de los poetas que venimos refiriendo. Hemos seguido el consejo de T. S. Eliot al incluir en esta selección al “Diálogo entre el Tiempo y un Peregrino”. Pequeño poema, lleno de belleza y hondura.

VII

Abraham Cowley (1618–1667) es de los últimos representantes de este movimiento. Y en él notamos rasgos de decadencia. Decadencia desde el punto de vista del ideal “metafísico”. No se complace, como sus predecesores, en juegos de ingenio, y ha perdido su poesía en inmediatez y en frescura. Aquella audacia en la expresión ya no se encuentra con facilidad en las obras de Cowley y lo hallamos menos apasionado, más retórico. Pero hay poemas que testimonian su talento, como por ejemplo ese bello “Himno a la Luz”. Sin embargo, en sus obras la razón predomina sobre la imaginación. Esta condición psicológica debe haber tenido su influencia en la adhesión que mostró Cowley por las ideas filosóficas de Hobbes.

Cowley prepara, pues, el paso hacia el neo-clasicismo cuyos representantes más significativos lo tuvieron por maestro. Quizá lo más valioso en Cowley sea su actitud de hondo y cabal humanismo, de tolerancia y amor en una era de fanatismo. El tiempo lo ha situado en una coyuntura difícil, ya que constantemente nos sentimos impulsados a compararlo con Donne, o bien con Dryden. De ese modo su personalidad—víctima de la transición—resulta empequeñecida.

Desde los cuentos en verso, las anacreónticas, las odas pindáricas; los poemas épicos religiosos a sus poemas amoratorios “metafísicos”, a sus ensayos, Cowley ha experimentado todos los géneros literarios, y su ansia de verdadero conocimiento, se refugió de la intolerancia en la “nueva ciencia”, en las ideas de Hobbes, en el mundo abierto al hombre perfectible.

El movimiento “metafísico” se expresa también de otro modo en la obra de los llamados *cavalier poets*, quienes han hecho del amor así como un ideal en sí mismo. Sus poemas, en general, son ocasionales, de circunstancia. Evidentemente, salvo una que otra pieza, se trata de poesía menor. Pero quizá no haya nada que muestre tan elocuentemente la vida y el espíritu del hombre común del siglo XVII. Hasta aquí nos hemos referido a la obra de poetas eminentes, tal vez demasiado distantes, por su talento, de los hombres de su siglo. Los *cavalier poets* de extracción monárquica, antipuritana, son los que siguen una línea poética y humana más similar a la de los elisabetanos. Como dice Mario Praz, “prendono da Donne la nervosa dialèttica della passione e il concettismo, dal Jonson la sobrietà e la regolarità classica del verso, a cui li avvia anche l’esempio dei poeti greci e latini”(2). Aquí Praz ha señalado lúcidamente las influencias

que se ejercen sobre estos poetas. Agreguemos que en las elegías que algunos *cavalier* dedicaron a Donne ellos mismos reconocieron su deuda. Y, nota común a casi toda la poesía “metafísica” del siglo XVII, hay un evidente predominio del idioma coloquial. Es el lenguaje de la corte de Carlos I, elegante, espontáneo; a veces sorprendente a fuer de franco.

Los tres poetas que hemos incluido en esta selección, nos parecen los más representativos y valiosos. En efecto, entre May, Falkland, Waller, Habington, Mayne, Cartwright, los nombres de Carew, Lovelace y Suckling se destacan. Herrick ha escrito poemas admirables, pero en él no existe el estilo “metafísico”. Es un poeta elegante, típicamente cortesano, sin esa amplitud de experiencia vital que lleva a los metafísicos a poner en su poesía argumentos teológicos, filosóficos o científicos.

VIII

Thomas Carew (1595–1639) es el poeta que posee la mayor hondura de pensamiento y tal vez el de inspiración más límpida. Uno de sus poemas que hemos incluido “To my Inconstant Mistress”, tiene una bien ganada celebridad:

Cuando tú, pobre excomulgada
de todos los goces del amor, veas
la recompensa, el destino glorioso,
que mi sólida fe me logrará,
entonces, maldice tu inconstancia.
Una mano más bella que la tuya curará
el corazón que falsos juramentos lastimaron.

La comparación de la fe religiosa con la fe del amor no es original, pero ha sido bellamente resuelta; y el uso de la palabra “excomulgada” nos recuerda que en ese tiempo aún se observaban ciertas prácticas católicas. Pero Carew comienza la segunda estrofa con una ironía llena de rencor dominado, poblada de un sentimiento de despecho reprimido. En este breve poema las cualidades espirituales de Carew son discernibles. Es igualmente elocuente aquel poema que comienza: “Bríndame más amor o más desdén”. En todos ellos hay un innegable refinamiento, una intensa cualidad vital. Señalemos, asimismo, que en “María Wentworth”, poema que sigue la tradición elegíaca del siglo, Carew nos ha dado una inesperada mixtura de humor y solemnidad:

Whose purely-tempered Clay was made
So fine, that it the guest betray'd.

IX

Sir John Suckling (1609–1642) es un poeta menos importante. Pero quizá como en ningún otro hallemos una actitud tan perfectamente elisabetana. Una aceptación tan satisfecha del mundo. Si a veces Suckling es rudo, lo es porque el ideal poético ha cambiado y él se expresa con un lenguaje que ya no es elisabetano. Pero veamos aquí esta condición suya:

Has thou seen the down in the air,
When the wanton blasts have toss'd it?

Or the ship on the sea,
When the ruder waves have cross'd it?
Hast thou mark'd the crocodile's weeping
Or the fox's sleeping?
Or hast view'd the peacocks in his pride,
Or the dove by his bride,
When he courts for his lechery?(3)

De una calidad espiritual muy superior, Richard Lovelace ha escrito una poesía intensa, emocionada, que expresa una amplia gama de sentimientos. Poesía no exenta de cierto escepticismo, de cierto no disimulado cinismo. Es el ejemplo más acabado de *cavalier poet*. Hay en él una actitud que en alguna medida contrasta con la de los otros poetas de este grupo. Lovelace pone al amor en un segundo plano. Es decir, no es la relación con una mujer lo más importante de una vida. Recordemos aquel poema que dice:

No me digáis (Amor) que soy hiriente
Porque desde el Convento
De tu pecho tan casto y de tu alma serena
Parto para la guerra.
Es verdad, procuro ahora otra dama:
El primer enemigo en la batalla;
Y abrazo con más violenta Fe
Una Espada, un Caballo, un Escudo.

Aquí está retratado Lovelace con su gesto de caballero medieval, de amante múltiple, en su aceptación en el fondo incrédula, de la plural experiencia humana. Otras veces su sentimiento está penetrado de la mejor amistad, de la más conmovedora lealtad. “The Grasshoper”, otra de las piezas incluidas, anuncia la llegada de una nueva tendencia poética. Pero aún viven en ella los ideales, los usos estéticos “metafísicos”.

El siglo XVII ha dado una poesía perdurable. Creemos que la grandeza de estos poetas está, fundamentalmente, en que supieron cantar, sin temores, todo lo que hay en el hombre. Supieron decir, casi sin retórica, la verdad de sus vidas. Tañeron así, todas las notas del corazón humano. Reivindicaron, para la poesía, al cuerpo. Dieron al amor su justa dimensión. Y pudieron realizar, al mismo tiempo, los viajes más audaces de la fantasía. Unieron lo cotidiano, lo simple, a lo más trascendente. Y al enumerar estas cualidades de los “metafísicos” no podemos dejar de pensar en nuestros poetas de hoy. Allí está, sin duda, la actualidad que esta poesía tiene para nosotros. Y tal es la mejor justificación de este trabajo.

Esta selección, en última instancia, obedece a un gusto personal. No tememos, pues, las omisiones o las inclusiones para otros injustificadas. Hemos mantenido, eso sí, la intención de presentar solamente aquellos poemas que poseían las cualidades que S. Johnson y Dryden llamaron “metafísicas”.

E. Caracciolo Trejo
Villa Allende, noviembre de 1960

Notas

(1) *Hölderlin y la esencia de la poesía.*

(2) *Storia della Letteratura Inglese.* Firenze 1937.

(3) “¿Has visto el alba en el aire? / ¿Cuando ráfagas violentas la arrojaron? / O has visto el barco en el mar/ ¿Cuando las olas más rudas lo cruzaron? / Te has fijado en el llorar del cocodrilo /¿O en el dormir del zorro? / Has visto el pavo real en su orgullo!./ O al palomo con su novia!, /¿Cuando lo incita su lujuria?

Thomas Carew



Thomas Carew

La fecha de su nacimiento no se ha establecido con entera exactitud. Se conjetura que debe haber ocurrido entre 1594 y 1595. Hijo de Sir Mathew Carew, se educó en Merton College, Oxford. Trabajó como secretario de Sir Dudley Carleton, a la sazón embajador en Venecia, donde Carew residió entre los años 1613 y 1615. En 1619 acompañó al embajador inglés en París. Siempre vinculado a la corte, la poesía de Carew está impregnada de ese mundo, al igual que la de sus amigos Suckling, Lovelace o Davenant. Incursionó en el género dramático con su obra *Caelum Britannicum*. Murió en 1639.

CONTRA LA MEDIOCRIDAD EN AMOR

Bríndame más Amor o más Desdén;
La Zona Tórrida o Gélida
Igual alivio traen a mi dolor;
Mas la Zona templada no da nada:
El extremo del odio o del Amor
Más dulce es que la calma.

Dame una tormenta; si esta fuera Amor,
Cual Dánae, en esa lluvia de oro
Nadaré con placer; y si fuera
Desdén, ese torrente devorarán
Mis buitres de esperanza; y es poseído
Del Cielo, quien sólo es liberado del Infierno:
Entonces, corona mis gozos o cura mi dolor;
Bríndame más Amor o más Desdén.

BELLEZA INGRATA AMENAZADA

Sabe Celia (ya que eres tan orgullosa),
Que fui yo quien te dio tanto renombre:
Tú habrías, en la olvidada multitud
De bellezas comunes, ignorada vivido,
Si mi verso no exaltara tu nombre,
Y así rozara las alas de la fama.

Ese poder mortal a ti no pertenece,
A tu voz yo lo di y a tus ojos:
Tus encantos, tus gracias, son todas mías
Tú eres mi estrella y brillas en mis cielos;
No arrojes, pues desde tu ajena esfera,
Relámpagos a aquél que allí te puso.

No me amenaces más con tal temor,
No sea que lo que hago yo destruya:
Deja a los necios adorar tus místicas formas,
Yo habré de conocerte en estado mortal.
Sabios poetas que la verdad en cuentos envolvieron
Siempre la conocieron a través de sus velos.

AMIAMADA INCONSTANTE

Cuando tú, pobre excomulgada
De todos los gozos del amor, veas
La recompensa, el destino glorioso,
Que mi sólida fe me logrará,
Entonces, maldice tu inconstancia.

Una mano más bella que la tuya, curará
El corazón que falsos juramentos lastimaron;
Y a mi alma, otra más pura
Que la tuya, las manos del amor unirá;
Y serán de igual gloria coronadas.

Entonces llorarás, rogarás, lamentarás
Al Amor, como una vez lo hice a ti;
Vanas serán tus lágrimas
Como las mías entonces, pues serás
Maldecida por esa Apostasía.

MARÍA WENTWORTH

*Thomae Comitis Cleveland filia
praemortua prima, virgineam
animam exhaluit An.
Dom. –AEt. muoe–*

Y yace aquí el polvo más precioso;
Cuya arcilla muy pura, fuera hecha
Tan selecta, que al huésped engañó.

O bien creció tan prestamente el alma
Que rompió la corteza exterior del pecado
Y así a un Querubín dio nacimiento.

En lo alto, él voló hacia Dios,
En lo hondo, movió el conocimiento
Y en lo ancho se esparció hacia todo el amor.

Adelante, un sacro deber brillaba
Hacia sus padres, atrás, la cortesía,
Y en torno suyo, su alma equilibrada.

Bondadosa hacia el pobre, querida a sus iguales,
Amable con sirvientes, diáfana en la amistad,
Solamente severa hacia sí misma.

Así, aunque una virgen, sin embargo una Esposa
Fue para cada Gracia; ella justificó
Su casta Poligamia, y murió.

Aprende de esto (Lector), qué poca fe
Debemos a este mundo, en donde la Virtud,
Como la carne, destruiráse hasta el polvo.

Abraham Cowley



Abraham Cowley

Nació en Londres. Es famoso como poeta y ensayista. Escribió su primer libro de poemas a los quince años. Estudió en Cambridge y ocupó un cargo en Trinity College. Los puritanos lo sacaron de ese puesto en 1644. Su libro de poemas amorios *The Mistress* le ganó una reputación en 1647. Trabajó para la causa realista en Oxford y París. Cromwell lo apresó por espía. Vivió sus últimos años retirado. Miembro de la Royal Society, fue considerado uno de los dirigentes del mundo literario de la época.

EL CAMBIO

Juega el Amor gozoso en sus Ojos de sol;
Va por los laberintos deleitosos de Pelo,
Y vaga eternamente en cada Labio
Y allí siembra y cosecha infinidad de besos.
En su exterior Amor es siempre visto;
Pero ¡ay! jamás entró

Adentro, los Enemigos del Amor habitan,
Malicia, Inconstancia y Orgullo.
Así visten el rostro de la Tierra, Hierbas, Árboles, Flores,
Y otras innumerables hermosuras;
Pero su centro es Tiniebla e Infierno;
Allí Espíritus malignos con los Condenados moran

Mas ¡ay! Contigo es diferente;
Sombras y Muertes yacen en mis ojos llorosos,
Y en mi rostro aparece la Palidez y la Desesperanza,
Y el Temor y la Pena, los grandes Enemigos del Amor;
Pero, como el Tirano Persa, guarda el
Amor su corte soberbia y jamás déjase ver.

Oh, toma mi corazón y así has de probar
Que de Amor esté lleno;
Dame el tuyo, y tanto he de luchar por ese cambio,
Que vivirá el Amor por todas partes.
Tan poderosa es esta mutación que puede producir
Mi Mujer exterior y tu hombre interno.

HIMNO A LA LUZ

¡Del Caos nacida, que tan rubia surgiste
De la entraña oscura de las Tinieblas!
Las que al ver la bella Niña sonrieron,
Y una mirada tierna pusieron en la Masa melancólica.

¡Tú, Marea de Gloria que no conoces el Descanso,
En flujo eterno y en eterno reflujo!
¡Tú, lluvia dorada de un Jove verdadero!
¡Que en ti desciende y hace que la Tierra ame al Cielo!

¡Salve, Naturaleza activa que la Vida vigila y la Salud!
¡Su gozo, su ornamento y su opulencia!
¡Salve a ti y a tu Esposo el Calor!
¡Tú, hermosa Novia de los mundos, y Él, el Novio ansioso!

Di, ¿de qué dorado Carcaj del Cielo
Salen tus Flechas aladas?
La Presteza y el Poder son tuyos por su Nacimiento:
Nacieron de tu Gran Padre, el verbo Divino.

Y es, lo creo, esta Arquería
Para mostrar lo que en Colores cuestras,
Y la destreza que pones en Pintar,
Sobre las viejas Armas, el Arco colorido de los Cielos.

Prestos como la luz llevan los Pensamientos su vacío
Carruaje,

Terminó tu carrera al empezarse.
Deja que un Ángel Postillón parta contigo,
Tú alcanzarás con él la Meta de la Tierra.

Tú, en la brillante carroza de la Luna, alegre y orgullosa
Recorres el bosque luminoso de Estrellas;
y trae contigo durante todo el año
Mil florecidas Luces tu propia Primavera Nocturnal.

Tú, cual los Escitas, te mueves en torno de tus Tierras
Sobre la Tienda dorada del Sol,
Y calmas, mientras vas con tu pompa,
Las esplendentes Procesiones del Mundo miran tu paso.

Pero, en medio de Triunfos, no te burlas
De la humilde Luciérnaga que adorna,
Y con vivientes lentejuelas dora,
(¡Grandeza sin Orgullo!) los arbustos del Campo.

Espantas a la noche y sus feos vasallos,
Que juntos con el Sueño, su ocioso Búho
Con temor y avergonzados de mostrarse,
Cubren sus formas horribles con el negro Hemisferio.

Con ellos se apresura y alborotado Alarma
A los Sueños pintados, enjambre laborioso,
Cuando por vez primera abres tus Ojos.
Se rompen los Racimos, los Átomos antiguos ya se van,

Las Serpientes culpables, las Bestias más obscenas
Arrástranse conscientes al secreto reposo:
La Naturaleza te rinde reverencia
Y los malos Presagios y las malas Visiones se apartan de tu
paso.

Cuando Tú apareces, la Aflicción misma
Bate sus alas y eleva su Cabeza.
La nublada inquietud ha esbozado a menudo
Una gentil Sonrisa al mirar tu semblante.

Cuando Tú apareces, tórnase el Temor osado;
Y el brillo del Sol su Frío desvanece.
Animado por verte
Vuelve el Rubor a las mejillas y la firmeza a las rodillas.

Aún la Lujuria, Ama de un rostro endurecido,
Sonrójase al acercarte,
Hacia los cortinados de las sombras se retira,
Y en la Noche propicia aviva sus humeantes Fuegos.

Cuando Tú, Diosa, levantas tu Cabeza que despierta
Del regio lecho de la Mañana
Tu Coro de Pájaros juega a tu alrededor,
Y todo el mundo gozoso saluda al día que despunta.

Los Espectros, los Espíritus-monstruos que
Tomar osaron el Privilegio de un Cuerpo,
Invisibles, se esfuman otra vez;
Y tórnanse visibles los Cuerpos nuevamente.

Todo el esplendor del Mundo que nuestros Ojos deleita
Nos llega a través de ti,
A él confieres tus Colores Ricos,
Tu lápiz ágil pinta este paisaje mientras te retiras.

Un atavío carmesí luces en la Rosa;
Una Corona llevas de Oro engastado,
Y en su Blancura los Lirios Virginales
Se han vestido con el linón de la desnuda Luz.

La Violeta, hija pequeña de la primavera, levántase
Ceñida en purpúreos pañales;
Te encantas en el bello Tulipán;
Con Túnica lo vistes, alegre y colorida.

Joyas engastas con llama condensada
Y en ella pones sólidos colores:
Ve Flora con envidia
Flores más bellas que las tuyas y tan durables.

¡Oh, Diosa! Quisiera que pudieses tu mano detener,
Y menos Liberal ser para el Oro;
Si menos valor le dieras
¡De cuántas ansiedades aliviarías al Hombre!

Para mí es el Sol mucho más placentero,
Y todos los días bellos son más bellos.
Pero muy pocos hay, pocos hasta el asombro,
Que el Oro no prefieran, ¡oh Diosa! aún a ti.
Por los caminos suaves del Cielo, el Aire, el Mar,

Que abren todos sus Poros para ti,
Igual que un claro Río te deslizas,
Y por los estrechos Canales vas con tu Viva Corriente.

Pero donde a tu curso se oponen firmes Cuerpos,
Inundas suavemente la Ribera;
Allí posesión tomas, y haces, oh Luz,
Con mezclados Colores, un Lago denso y duradero.

Pero el vasto Océano del día ilimitado
En el Empíreo Cielo permanece.
Tus Ríos, Lagos, Manantiales de aquí abajo
Nacieron desde allí, y hacia allí, finalmente fluirán.

Richard Crashaw



Richard Crashaw

Nació en Londres. Hijo de un pastor puritano. Fue educado en Cambridge. En 1634 logró su M. A. y publicó un libro de epigramas en latín. En 1643 abrazó el catolicismo. Su vida, por sus convicciones religiosas, tornóse muy insegura y debió emigrar a Francia (1645) y a Italia (1648) donde acaeció su muerte en 1649. En ese entonces ocupaba un puesto en la Catedral de Loreto. Su libro *Steps To The Temple* fue publicado en Inglaterra después de su partida.

HORÓSCOPO DE AMOR

Amor, valeroso Hermano menor de la Virtud,
Al convertir mi corazón en Madre,
Ella consulta las esferas conscientes
Para conocer los años de su joven hijo.
Pregunta si funestos o propicios poderes
Las horas de su infante presagiaron,
Pregunta a cada estrella vecinada,
Si vivirá el Amor o morirá.

¡Ah, Corazón mío! ¿Es esa la manera?
¿Son esos los destellos que gobiernan tu Día?
Tú conoces un rostro del que cada mirada
Desnuda las bellezas del Libro del Destino que posee el
Amor

En cuyos bellos cambios esperan
Los obsequiosos movimientos de su sino;
¡Ah, Corazón mío! Ella y sus ojos
Te han enseñado nueva Astrología.
Antes que las primitivas horas del Amor se establecieran,
No importa qué Sínodo de estrellas encontrasen,
Está en la clemencia de sus ojos
Si vivirá el Amor o morirá.

Si esos rayos afilados, hiriéndome
De Muerte, dijera al Amor que se fuera,
(Aunque los Cielos en Consejo se reúnan

Para coronar un Hado incontrolado;
Aunque sus mejores aspectos se abracen
A la Constelación más propicia,
Lancen amorosas miradas en su Nacimiento,
y susurre a la Tierra coaligada
Que cubra sus caminos con todo el bien
Que abriga el lecho de la juventud y de la sangre;)
No apelaré el Amor el fallo de sus ojos.
La Belleza desaprueba y el Amor debe morir.

Mas si actuase su influjo más benigno
Y alumbrara del Amor sus esperanzas:
(Aunque el impropicio ojo del cielo,
En su nacimiento oscuro permanezca;
Aunque cada Diamante de la corona de Jove
Fije su frente en el desagrado,)
Su ojo puede dar conmovedora súplica;
La Belleza sonrío y el Amor vivirá.

Oh, si vivirá el Amor, ¿dónde
Sino en sus Ojos, en su Oído,
En su Pecho o en su Aliento,
Lo esconderé de la Muerte?
Porque en la vida que otra cosa puede dar
El Amor morirá, aunque viviese.

Oh, si el Amor morirá, ¿dónde
Sino en sus Ojos, en su Oído,

En su Aliento o en su Pecho
Construiré su Nido funerario?
Mientras yace el Amor así sepultado,
El Amor vivirá, aunque muriese.

HIMNO A LA NAVIDAD

Coro

Venid pastores cuyas miradas bienaventuradas
Encontraron el amor del Mediodía en la noche de la
Naturaleza;
Venid, elevemos nuestro canto más puro,
Despertemos al Sol que duerme ya hace mucho.

A todo nuestro mundo de bien robado gozo
Él durmió; y ni soñó tales cosas;
Mientras nosotros encontramos el ojo más hermoso de los
Cielos
Y besamos la Cuna de nuestro Rey.
Dile que es tarde para mostrarnos
Nada digno de verse.

Dile que podemos mostrarle
Más de lo que ofreció a los Ojos mortales,
Más de lo que Él mismo nunca vio;
Algo que para verse no requiere su luz.
Dile, Títilo, dónde has estado
y dile, Tirsis, lo que tú has visto.

Títilo

Esa lóbrega noche abrazaba el lugar
Adonde el Noble Infante se dormía.
Miró el Niño hacia arriba y nos mostró su Rostro;

Y a pesar de las Sombras, era Día.
Era tu Día, Amado, no nació
Desde el Este, mas surgió de tus Ojos.

Coro

Era tu Día, Amado, etc.

Tirsis

El Invierno increpaba en voz alta, y mandó
Al colérico Norte a luchar en sus guerras.
El Norte olvidó su cruel Intento;
Y perfumes dejó, en vez de cicatrices.
Y junto a esos ojos de poder persuasivo
Donde hielos ponía, esparció flores.

Coro

y juntos a esos ojos, etc.

Juntos

Te vimos en tu Nido perfumado
¡Joven aurora de nuestro eterno Día!
Vimos nacer tus ojos en Oriente
Y ahuyentar a las sombras temblorosas.
Te vimos, y esa visión nosotros bendecimos
Te vimos por tu propia y dulce luz.

Títiro

Pobre mundo (dije yo) ¿qué harás
Para agradar a tan brillante Huésped?

¿Es esto lo mejor que puedes ofrendarle?
¿Un pesebre tan frío y no muy limpio?
Luchad, fuerzas del cielo y de la tierra
Para brindar un lecho al gran Nacido.

Coro

Luchad fuerzas del cielo y de la tierra, etc.

Tirsis

Vano mundo, dije yo, vuestra lucha cesad,
No molestéis al Niño Poderoso.
El Fénix por sí mismo hace su nido,
Y Amor tiene su propia arquitectura.
El niño que al nacer alegra esta mañana,
Antes del nacimiento su lecho edificó.

Coro

El Niño que al nacer, etc.

Tíiro

Vi los copos rizados, blandos, lentos
Cernirse en el lugar, ofreciendo
Sus sábanas blanquísimas de nieve
Para el lecho cubrir del bello Niño.
Detenéos les dije, no seáis tan osados.
Vuestro vellón es blanco mas demasiado frío.

Coro

Detenéos, les dije etc.

Tirsis

Yo vi a los generosos serafines
Sus vellones de fuego obsequiar,
Pues ya no necesitan más sus alas:
El mismo Cielo está aquí en la tierra.
Bien hecho, dije yo, ¿pero estáis convencidos
De que es vuestro flojel bastante puro?

Coro

Bien hecho, dije yo, etc.

Títiro

No, no busca todavía vuestro Rey
Adonde reposar su Real Cabeza,
Ved qué pronto descansa su recién florecida
Mejilla entre los pechos de su madre.
Dulce elección dijimos, otro modo no hay
De yacer en el frío y dormir en la nieve

Coro

Dulce elección, dijimos, etc.

Juntos

Te vimos en tu nido perfumado
Diáfana aurora en nuestro eterno Día!
Vimos yacer tus ojos en Oriente

Y ahuyentar a las sombras temblorosas.
Te vimos por tu propia y dulce luz.

Coro

Te vimos, y esa visión, etc.

Coro

¡Bienvenida visión de toda maravilla!
La eternidad cerrada en un palmo.
Verano en el Invierno. Día en Noche.
El cielo en la tierra. Dios es Hombre.
¡Oh gran pequeño! cuyo nacimiento a todo abrazando,
La Tierra eleva al Cielo, bajo el Cielo a la Tierra.

Bienvenido, no a alegres mariposas
Doradas en los rayos de terrenales reyes,
Resbaladizas almas en ojos que sonríen,
Sino a pobres pastores de toscas vestiduras:
Cuya riqueza está en sus rebaños; y cuyo ingenio,
En erudito ser, en su simpleza.

Mas cuando abril, el joven esposo, con sus lluvias
Bendiga el feraz lecho de Maya,
Nosotros te traeremos la primera flor nacida,
Para besar tus Pies, coronar tu Cabeza.
¡A ti, venerable Cordero! cuyo amor cuidará
A los pastores, más que ellos sus rebaños.

¡A ti, humilde Majestad, oh tierno Rey
de las Gracias simples y los Amores dulces!
Cada uno de nosotros te traerá su cordero
Y su par de palomas plateadas:
Hasta que entre las llamas de Tus ojos hermosos,
Nosotros mismos seamos el mejor Sacrificio.

John Donne



John Donne

Poeta y sacerdote. Fue educado en los preceptos de la Iglesia Católica. Estudió en Oxford. Llevó una vida plena y complicada. Viajó al continente entre los años 1594 y 1596 y participó en la expedición de Essex a Cádiz en 1596 y a las Azores en 1597. Entre 1592 y 1598 escribió la mayor parte de sus sátiras y elegías. Es presumible que de esta época sean muchas de sus canciones y sonetos. Fue secretario privado de Lord Keeper Egerton desde 1598, cargo del que fue expulsado por su casamiento con Ann More, sobrina de la esposa de Egerton. Sobrevino para él un período de extrema pobreza. En ese lapso compuso algunas elegías más, otras canciones y sonetos y algunos poemas religiosos. De esta época es el *Biathanatos*. En 1615 se ordenó sacerdote anglicano. Puso fin, de ese modo, a un momento particularmente difícil de su vida, iniciando una carrera que culminaría en 1621 con su nombramiento de Deán de San Pablo. Desde esa fecha escribió sus *Holy Sonnets* y los otros *Divine Poems*, como asimismo sus famosísimos sermones.

DISOLUCIÓN

Ella ha muerto; y todo lo que muere
A sus primeros elementos vuelve:
Nosotros fuimos mutuos elementos,
El uno hecho del otro.
Mi cuerpo en el suyo está implicado
Y todo aquello que mi cuerpo forma
Crece en mí en agobiante plenitud:
No nutre, sino ahoga.
Mi fuego de pasión, suspiros de aire,
Agua de lágrimas, mi mundana aflicción,
Que son sustancias mías,
Casi gastadas ya por los descuidos del amor,
Para mi mal, ella renueva con su muerte.
Y así largamente viviría en mi desdicha
Si el fuego no creciera con las nuevas sustancias.
Ahora, igual que aquellos reyes,
Cuyas conquistas traen otros tesoros,
Recibo más y gasto más y más pronto sucumbo;
Esta muerte (Me asombra poder decirlo)
Aumentó mis reservas
Y mis usos de ellas.
Y así mi alma, más totalmente liberada,
Dejará atrás la suya; como balas que disparadas antes
Fueran aventajadas por una posterior más pólvora impulsando.

EL SUEÑO

Amor mío, por nada menos que por ti
Habría de romper este sueño feliz.
Era un tema
Para la razón, demasiado fuerte para la fantasía.
Por ello, muy sabiamente me despiertas. Sin embargo
No rompiste mi sueño, sino lo continuaste;
Eres tan verdadera, que el solo pensamiento de ti es suficiente
Para hacer a los sueños realidad, a las fábulas historia;
Entra en estos brazos, pues y ya que crees mejor
No soñar todo mi sueño, obremos lo que falta.

Como relámpago, o como luz de candela,
Tus ojos y no tu ruido me despierta;
Sin embargo, te imaginé
(Porque amas la verdad) un Ángel, a primera vista;
Mas cuando vi que mirabas mi corazón
Y conocías mis pensamientos mejor que con el arte de un Ángel,
Cuando supiste lo que soñaba, cuando supiste en qué momento
El exceso de gozo habría de despertarme, y viniste entonces,
Debo confesar que no pude sino ser
Blasfemo y te imaginé cualquier cosa menos tú.

El venir y quedarte te mostró,
Pero el levantarme me hace dudar; y ahora
Tú no eres tú.
El amor es débil cuando el temor es tan fuerte como él;
No es sólo espíritu puro y esforzado
Si contiene Temor, Vergüenza, Honor.

Así como antorchas que prontas han de estar,
Que los hombres encienden y apagan, así me tratas:
Tú viniste a encenderla, te vas para volver; entonces
Soñaré otra vez esa esperanza, pues de otro modo moriría.

ELEGÍA IX

“La Otoñal”

Ni la belleza de Verano, ni la Primavera, tienen la gracia
Que yo he visto en un rostro otoñal.
Las jóvenes bellezas nos fuerzan al amor, y eso es un rapto;
Esta sólo insinúa; sin embargo, no puedes eludirlo.
Si amar fuera vergüenza, no había aquí vergüenza,
El afecto se torna reverencia.
Sus años primeros fueron su edad dorada; es verdad,
Pero ahora es ella oro probado y siempre nuevo.
Aquél fue su momento tórrido e inflamado,
Este su tolerable clima tropical.
Bellos ojos, quien pide más calor que él que brota de ellos,
La peste ansía en su delirio.
No llames tumbas a esas arrugas; si fueran tumbas,
Serían tumbas del amor; pues él no está en otra parte,
Sin embargo; el amor no yace muerto allí, allí se sienta
Fiel a esos surcos, como un Anacoreta.
Y allí hasta que llegan sus comunes muertes,
Él no cava una tumba, mas erige un sepulcro.
Aquí habita él, viajero de muchos climas
Siempre en marcha, pero su casa es ésta.
Aquí, donde es atardecer, no mediodía ni noche,
Donde la voluptuosidad no existe, donde todo es deleite.
En todas sus palabras, aptas para quienes las oyen,
Podréis hallar Humor o bien hallar Consejo.
Es el árbol del amor; la juventud su maleza

Allí él, igual que el vino en junio, enardece la sangre
Que más en sazón llega, cuando nuestro gusto
Y apetito han ido hacia otras cosas.
El extraño amor Lidio de Jerjes, el plátano,
Por su vejez fue amado, nada fue tan grande como él;
O quizá, porque en su juventud la naturaleza lo bendijo
Con la gloria de la vejez: la Esterilidad.
Si amamos cosas largamente buscadas, la vejez es algo
Que en cincuenta años logramos;
Si lo que es transitorio prestamente decae,
La Edad será más bella en su último día.
Mas no nombréis los rostros del invierno, cuyas pieles son
laxas;
Vacíos, como una bolsa exhausta; meros sacos del alma;
Cuyos ojos procuran la luz dentro, porque allí todo es sombra;
Cuyas bocas son cuevas por el tiempo horadadas;
Cuyos dientes ya se diseminaron
Para desgracia de esas almas en la Resurrección.
No me nombréis esas vivientes calaveras,
Porque ellas no son ancianas, sino antiguas.
Odio los extremos; sin embargo, antes
Pasaría un día con Tumbas que con Cunas.
Ya que tal es el natural movimiento del amor, pueda
Mi amor aún descender y viajar cuesta abajo,
Sin anhelar las bellezas que crecen; así
Declinaré, junto a quienes retornan.

SONETOS

I

Tú me creaste; ¿y decaerá tu obra?
Renuévame ahora, porque al fin se apresura,
Corro a la muerte, y ella tan presto me procura
Y como ayer son todos mis placeres;
No me atrevo a mover mis ojos empañados
Y tal terror lanza hacia atrás la desesperación,
La muerte hacia adelante, y el pecado corrompe
Mi carne débil que parte hacia el infierno.
Sólo tú estás arriba, y cuando me permites
Que te mire, me levanto otra vez;
Mas nuestro viejo y sutil enemigo me tienta
De tal modo, que no puedo una hora sostenerme.
Pueda tu Gracia prevenir sus artes
Y puedas tú extraer, como el Diamante, mi férreo corazón.¹

X

Muerte, no te envanezcas, aunque te hayan llamado
Poderosa y temible, porque no eres así,
Ya que aquéllos a quienes tú los crees abatidos,
No mueren, pobre muerte; ni a mí puedes matarme.
Del descanso y del sueño, que son imagen tuya,
Fluye mucho placer; tú más nos puedes dar;
Muy pronto nuestros hombres mejores van contigo,
Descanso de sus huesos, libertad de las almas.

(1) El símil proviene de que se creía que el diamante poseía las propiedades del imán.

Esclava del destino, del azar, de los reyes, de los
desesperados,
Habras con la guerra, el veneno y el mal;
Y pueden la amapola y la magia dormirnos
Aún mejor que tu golpe. ¿Y por qué te envaneces?
Pasado un breve sueño, despertamos eternos,
Y no habrá ya más muerte; tú morirás ¡oh muerte!

George Herbert



George Herbert

Sacerdote y poeta. Su padre, Richard, murió cuando George tenía escasamente tres años. Fue criado por su madre, quien era íntima amiga de John Donne. Aunque de familia importante si bien es cierto que luego de algunos fracasos en la vida mundana, prefirió la carrera eclesiástica a los posibles halagos de la corte. Estudió en Cambridge y de esa época datan poemas suyos compuestos en latín. Se ordenó sacerdote en 1630. Fue rector en Bemerton desde 1630 a 1632.

ALAS DE PASCUA

Señor, tú que al hombre creaste en riqueza y abundancia
Aunque él todo perdiera neciamente,
Más y más decayendo.
Hasta que se tornara
Pobrísimo:
Contigo
Déjame elevarme
Igual que las alondras, armoniosamente,
Y cantar ese día tus victorias:
Entonces mi vuelo vencerá a mi caída.

Mi tierna edad comenzó en congoja:
Y con enfermedades y vergüenza
Castigaste el pecado de tal modo
Que me torné
Más débil.
A Ti
Deja que me una
Y que sienta este día tu victoria:
Porque si rozo en ti mi ala
La aflicción apurará mi vuelo.

LAS VENTANAS

Señor, ¿cómo puede predicar el hombre tu eterna palabra?
Él es un cristal, quebradizo y frágil.
Le otorgas en tu templo, sin embargo,
Un glorioso lugar, y trascendente:
Una ventana ser hacia tu gracia.

Mas al fijar en cristal tu historia
Haciendo que tu vida brille
En santos predicadores; entonces la luz y gloria
Más reverente crece y más conquista,
De otro modo se empaña, es débil, fría.

Doctrina y vida, color y luz, en uno
Confundidas e implicadas, nos infunden
Respeto y temor reverente; mas la sola palabra
Cual destello se esfuma,
Y suena en el oído, pero no en la conciencia.

AARÓN

Sobre mi cabeza, santidad,
Luz y perfección sobre mi pecho,
Armoniosas campanas en mi manto, levantando a los muertos
Para conducirlos a la vida, al descanso.
Así debe vestir el verdadero Aarón.

Blasfemia en mi cabeza,
Sombras y defectos en mi pecho,
Tumulto de pasiones llamándome a la muerte,
Llevándome hacia donde no hay descanso.
Yo, pobre sacerdote, así me visto.

Sólo que otra cabeza
Yo poseo, otro pecho y corazón,
Otra música, dando vida no muerte,
Sin la que no podría tener descanso:
En él estoy bien vestido.

Cristo es mi sola cabeza,
Mi único pecho y corazón,
Mi única música, sonando en mí aun muerto.
Pueda yo descansar hasta la senectud
Y ser en él nuevamente vestido.
Y así, santo en mi cabeza,
Luz y perfección en mi pecho querido,
Mi doctrina entonada por Cristo (que no está muerto,
Mas vive en mí mientras yo reposo)
Gentes venid; Aarón está vestido.

VIRTUD

Dulce día, tan fresco, tan brillante, tan calmo,
La boda de los cielos y la tierra:
Llorará el rocío tu caída esta noche,
Porque debes morir.

¡Dulce rosa, cuyos tonos coléricos e inflamados
Obligan a quien osa contemplarte a que enjague sus ojos!
Tu raíz en tu tumba yace siempre,
Y tú debes morir.

Dulce primavera, poblada de dulces rosas y de días,
Caja donde yacen, compactas, golosinas:
Mi música muestra que tú tienes tu fin,
Todo debe morir.

Tan sólo el alma tierna y virtuosa,
Cual curada madera, nunca cede,
Y cuando el mundo entero sea ceniza
Más aún vivirá.

AMOR

Me dio el Amor la bienvenida; mas mi alma se volvió,
Culpable de pecado y de lodo
Pero, avizor, el Amor, viendo que me tornaba remiso
Luego de mi primera entrada,
Acercóse más a mí, dulcemente preguntando,
Si algo había que me faltaba.

Un huésped, contesté, que aquí merezca estar:
Dijo el Amor, entonces, tú serás.
¿Yo, el hiriente, el ingrato? Ah, mi amado,
No puedo yo ni mirarte.
Tomó el Amor mi mano, y sonriendo respondió:
¿Quién esos ojos hizo sino yo?

Es verdad, Señor, mas yo los he dañado: deja que mi ver-
güenza
Vaya adonde merece.
¿No sabes tú, dijo el Amor, quién soportó la culpa?
A ti he de servirte, Amado mío.
Sólo debes sentarte, dijo Él, y gustar de mi carne:
Yo me senté y comí.

VIDA

Un ramillete hice, mientras el día corría:
Aquí descubriré yo mis vestigios, y ataré
Mi vida en este lazo.

Pero el tiempo llamó a las flores, y ellas,
Antes del mediodía, grácilmente escaparon,
Y en mi mano marchitaron.

Junto a ellas mi mano estaba, luego mi corazón:
Tomé, sin pensar más, en buena parte,
Del Tiempo la apacible admonición:
Que tan dulcemente el gusto triste de la muerte comunica,
Haciendo que mi mente huelga el fatal día;
Sin embargo endulzando la sospecha.

Adiós queridas flores, dulcemente vuestro tiempo pasó,
Aptas mientras vivisteis, para aroma y ornamento,
Y después de la muerte, para curas.
Sigo rectamente sin dolor y sin quejas,
Y si mis retoños son tan buenos no me importa
Que tan breves sean como los vuestros.

Henry King



Henry King

Hijo mayor del Dr. John King, obispo de Londres. Estudió en Oxford hasta obtener su doctorado en Teología. Todos sus estudios fueron compartidos con su hermano John y se conjetura que muchos de los poemas atribuidos a Henry pertenecen, en realidad, a aquél. En 1642 ocupó el arzobispado de Chichester, pero en tal puesto estuvo únicamente ese año en razón de su posición política. La Restauración lo volvió a Chichester, donde murió.

SONETO

No me digáis ya más cuán bella es ella,
Pues no tengo interés en escuchar
La historia de esa bendición distante
A la que jamás podré acercarme:
En la amarga experiencia he encontrado
Que en su perfección está mi herida.

No me digáis cuánto me complace
A un destino tentar tan temerario,
Del que jamás llegó ningún triunfo
Sin que nos arrepintamos, ya muy tarde
hay una esperanza de que pronto
Pueda, silencioso, extinguirme adorando.

No pido compasión (Amor) de ti,
Ni habré, pues, de culpar a tu justicia
De modo que no haya de envidiar
La gloria de mi llama:
La que mi corazón al yo morir corona,
Pues muere en holocausto a ella.

LAS EXEQUIAS

Acepta tú, Sagrario de mi Santa,
En lugar de una endecha este lamento;
Y como flores para coronar tu carroza
Recibe estos versos plañideros
De tu amigo apenado, a quien podrías ver
Casi deshecho en lágrimas por ti.

¡Oh pérdida querida! Desde tu muerte importuna
Ha sido mi labor pensar en ti,
En ti eres el libro,
Eres adonde miro
Aunque estoy casi ciego. Por ti (amada arcilla)
No vivo yo los días, languidezco,
Y no hago otro ejercicio
Que aquél que yo practico con mis ojos:
Y encuentro en esos húmedos cristales
Cuán perezosamente pasa el tiempo
Para quien se lamenta: es esto solamente
Mi labor y ejercicio.
Y computo las horas fatigosas
Con suspiros disueltos en mis lluvias.
No debes sorprenderte si así pasa mi tiempo,
Hacia atrás, en sucesión absurda.
Tú me has ensombrecido, y tu puesta
Ha dado nacimiento a esta Noche tan negra,
Tú que fuiste mi día, (aunque oscurecido
Antes que haya pasado el Mediodía)

Y con lágrimas debo recordar
Que has visto escasamente tantos años
Como horas cuenta el día. Junto a tu claro Sol
Corrieron mi amor y mi fortuna;
Pero jamás habrás de aparecer
Cerrada en mi Hemisferio,
Ya que ambos, tu luz y movimiento,
Como Estrella fugaz cayeron y se fueron,
Y entre los claros deseos de mi alma y yo,
La tierra se ha interpuesto,
Y ha producido eclipse tan extraño
Cual jamás registrara el Calendario.

Podría permitirte por un tiempo
Ensbrecerme a mí y mi triste Clima,
Aunque fuera un mes, un año o diez,
Tu exilio viviría hasta entonces;
Y habría de suspender mi alegría
Si tú me prometieras retornar;
Y al quitar tu mortaja cenicienta
Dispersaras, al fin, esta nube de pena.
Mas, ¡ay de mí!, es el tiempo más largo
Demasiado pequeño para medir
Estas vacías esperanzas: jamás
Seré tan bienaventurado como para avistar
Un destello de ti, hasta que llegue el día
Que habrá de condenar la tierra a cenizas,
Y una fiebre violenta calcinará
El cuerpo de este mundo como el tuyo,

(¡Pequeño Mundo mío!); ese golpe de fuego
Aspirará al surgir a nuestros cuerpos
Para bendecir nuestras almas; entonces nos levantaremos
Y con ojos más claros nos veremos
En esa calma Región, donde ninguna noche
Puede esconder a uno de la vista del otro.

Tiempo mezquino, su polvo tienes; y pueda
Mucho bien mi daño hacerte. Y pues estuvo
Con los Cielos, no podré llamarla
Mía; te dono entonces todos
Mis muy breves derechos e intereses en ella,
A quien, en vida, más amé.
Con liberal y generosa pena,
Te doy aquello que no podría guardar.
Sé afectuosa hacia ella, y te ruego
Que cuides de inscribir en tu Registro
Cada parcela de esta hermosura
Que yace en tu cofre, cual reliquia guardada.
Cuida de no equivocarte,
Y págale de acuerdo con su peso;
Pues debes computar a cuenta tuya
Cada átomo y grano de este polvo,
Ya que responderás ante quien prestó,
Pero no dio, mi caro Monumento.
Cierra entonces la tierra y en torno de su sombra
Corre las negras cortinas; mi novia yace ahí.

Duerme, Amor, en ese lecho frío,
¡Jamás han de turbarte!
¡Mis buenas noches últimas! Tú no despertarás
Hasta que yo comparta tu destino:
Hasta que edad, o penas, o dolencias
Deban unir mi cuerpo a ese polvo
Querido; y llenen el espacio de tu tumba
Que mi corazón guardó vacío.
Espérame allí, porque, sin falta,
Habré de encontrarte en ese Valle hueco.
Ya estoy en mi camino,
Y voy detrás de ti con la presteza
Que me da el deseo o mi congoja.
Cada minuto es un corto grado,
Y cada hora un paso hacia ti.
Acudo por las noches al descanso,
A la mañana, luego de ocho horas de viaje,
Levántome más cerca del Oeste de mi Vida
Que al exhalar el sueño su viento que adormece.

Y así guía mi nave desde el Sol
Y mantiene mis días con Brújula hacia el Sur:
Ni hago esfuerzo en rendir a la marea
Por la que me deslizo prestamente hacia ti.

Es verdad, lo acepto con vergüenza y congoja,
Tú, igual que la vanguardia, a la batalla fuiste antes,
Y victoria lograste
Aventurándote a morir

Antes que yo, aunque por años anhelar podría
La justa precedencia en el sepulcro.
¡Pero escucha! Mi pulso como un suave Tambor
Toca mi acercamiento, Te dice que ya voy.
Y no importa lo lenta que mi marcha sea,
Me sentaré al final junto a ti.
Y pensar esto me hace seguir adelante
Y aguardar a mi disolución
Con esperanza y alivio. Amada (perdona
Mi Delito) estoy contento de vivir
Dividido, con sólo medio Corazón,
Hasta que nos unamos para jamás partir.

Lord Herbert de Cherbury



Lord Herbert de Cherbury

Hermano de George Herbert. Estudió en Oxford. Llevó una vida activa y brillante. Embajador en París, tuvo a Thomas Carew en su séquito. Unió sus actividades oficiales a las de poeta, historiador y filósofo. En 1619 escribió *De Veritate*. Participó en la guerra civil al lado de los realistas, pero sin dar muestras de mucho fervor. Rindió Montgomery Castle a las fuerzas del parlamento. Fue amigo de Donne y de Jonson. Murió en 1633.

ELEGÍA SOBRE UNA TUMBA

¿Entonces debo ver la eterna noche
Que siéntase en aquellos ojos bellos,
Y cierra esos rayos que una vez se elevaron
Tan claros y radiantes,
Que su calor y luz fueron para nosotros
Amor, Conocimiento?

Oh, si no te deleitaba permanecer ya más
En este escenario terrenal,
Sino elegir, más bien, una herencia infinita,
Te pedimos al menos que nos digas
Hacia dónde se fueron las bellezas
Que un día esas cenizas poseyeron.

¿Renueva el Sol su luz con la que tú le brindas?
¿Tienen las olas ahora los rizos de tu pelo?
¿Acaso restituiste para el cielo y el Aire,
El rojo, azul y blanco?
Y después de tu muerte, ¿es que diste a las flores
Ese aliento tan dulce?
¿No habían dormido fuera de sus casas las Luces de los
Cielos,
O se habían retirado a una vida secreta?
¿No debieron unirse Aire y Cielo
Para juntos llorar en sus Regiones?
¿No debió cada flor que la tierra criaba
En hierbas convertirse?
Pero así enriquecidos, ¿encontrar una causa no podremos

Por la que ellos más no se lamenten?
¿No habría esto cambiado el curso que seguían
Y habría destrozado sus Leyes verdaderas,
Si nuevo nacimiento no dieran tus bellezas
Al Cielo y a la Tierra?

Dinos, pues los Oráculos aún deben elevarse
Para aquellos que ruegan en tu tumba:
Dinos qué fue de esas bellezas tuyas
Y cuál es su designio;
Dinos, ay, lo que nuestro dolor decir no puede
Ni puede la esperanza consolar.

A SUS OJOS

Negros ojos, si oscuros parecéis
Es porque vuestros destellos son profundos
Y unidos permanecen a tu alma:
Quien pudiera mirar
Dentro de ellos habría de saber
De dónde traen ese signo,
Y cómo tal poder logran
Que todas las maravillas que allí nacen,
Y afectan más la mente que el sentir,
No son tanto el trabajo
De la luz, como son su influencia.

Y ya que estáis unidos
Al Alma, así, otra vez
Por sus conexiones pertenece
A la causa primera,
Que dando justas leyes,
Declara por tu medio
Cómo estando escondida
En el velo de una eterna noche,
Creó para nosotros una segunda Luz,
Y luego de tal labor
Sirvió de vista únicamente.
Su imagen eres entonces.
Si aún hubiera quien duda
Qué poder mira así
A través de tus sombras,

Tendrá alguna prueba
Si supone que allí
Cristales hay o grises o castaños,
Y que el brillo del alma o de la vista
Podría pasar por ellos;
Pero al fin concluirá
Que los rayos que pasan a través de las sombras,
Solamente divinos pueden ser.

LÁGRIMAS, NO FLUYÁIS MÁS

Lágrimas, no fluyáis más, o si aún debéis fluir,
Caed más lentamente,
El mundo no invadáis
Pues brotaron allí manantiales menores que tus ríos,
Y ellos hicieron otra vez un Mar
Salobre cual vosotras, y que igual que vosotras ha fluido.

Tornad a mi corazón, y en los fuegos llameantes
De mis ansias,
Dejad caer vuestros torrentes
Que menos calor traen que el que sus chispas producen,
Y en una llama convirtiendo todo,
Harían de este mundo el sacrificio de mi amor.

Sin embargo, si así soplan tempestades de mis suspiros
Debéis vosotras fluir,
Y deben mis deseos aún arder;
Y ya que a mi amor cualquier ayuda es vana,
¿Por qué no pueden sus furias volverse
A engajar estas lágrimas y apagar esos fuegos?

Richard Lovelace



Richard Lovelace

Estudió en Charterhouse y Gloucester Hall, Oxford, donde recibió un M. A. en ocasión de una visita real en 1636. Era famoso por su belleza y despertó, así señalan sus biógrafos, la admiración y la adoración de cuantas mujeres lo conocieron. Luchó en la guerra civil al lado de otros poetas cortesanos. Sufrió el cautiverio cuando su causa se vio perdida. Vivió en el continente entre 1643 y 1646. A su regreso, durante otro tiempo que pasó en la prisión, escribió *Lucasta*. Murió en la oscuridad y la pobreza.

ALUCASTA, AL PARTIR

Si estar ausente fuera estar
Lejos de ti;
O si al partir
Tú o yo nos quedásemos solos,
Entonces, mi Lucasta, habría de rogar
Piedad a la ávida ola o al viento tempestuoso.

Mas no suspiraré por ráfaga o tormenta
Que hinche mi vela,
O pagaré una lágrima para eludir
La ira espumosa de los azules Dioses;
Pues si me dejas pasar o no,
Soy tan feliz como antes.

Aunque Tierras y Mares estén entre nosotros,
Nuestra fe y lealtad,
Cual almas separadas,
Controlan todo tiempo y todo espacio:
Sobre la esfera más alta nos encontramos,
Desconocidos, no vistos; y nos saludamos como ángeles
saludan.

Entonces, de ese modo, anticipamos
Nuestra suerte futura,
Vivos estamos en los cielos
Si nuestros labios y ojos
Allí pueden hablar como almas liberadas,
Atrás dejados sus terrenales cuerpos.

ALUCASTA, PARTIENDO HACIA LA GUERRA

No me digáis (Amor) que soy hiriente
Porque desde el Convento
De tu pecho tan casto y de tu alma serena,
Parto para la guerra.

Es verdad; procuro ahora otra dama:
El primer Enemigo en la batalla,
Y abrazo con más violenta Fe
Una Espada, un Caballo, un Escudo.

Sin embargo, es tal esta Inconstancia
Que he de adorarte a ti también.
No podría (Querida) amarte tanto,
Si al Honor no amara más.

LA BÚSQUEDA

¿Por qué habrías de jurar que soy perjuro
Si prometí ser tuyo?
Señora es de Mañana
Y anoche te juré
Imposible tan tierno.

¿Acaso no amé mucho y largamente:
Doce tediosas horas?
Injusto debería ser a las otras Bellezas,
Y a ti de nuevo abrazo despojarte,
Si tu Rostro aún perdiera mi cabeza.

Mas no, todo aquel gozo en tu pelo castaño
Otros encontrarán;
Yo debo procurar al rubio y negro,
Cual Mineralogista que sondea
Las tierras sin cultivos en pos de los Tesoros.

Luego, cuando haya completado mi vuelta de amores
Si tú resultas ser más placentera,
Coronado con despojos de menores bellezas,
A ti vendré abrumado,
Hastiado ya, aun de la Variedad.

EL SALTAMONTES

A mi noble amigo Charles Cotton

Oh tú, que así te meces en el trémulo pelo
De una barba de avena bien poblada;
Te embriagas noche a noche con lágrima exquisita
Caída para ti del Cielo en que te crías.

Son tan tuyos los goces de la Tierra y del Aire
Que con alas y patas, saltas, vuelas;
Te retiras al dar la Amapola su efluvio,
A yacer en tu lecho de bellota labrada.

Con el Día levantado, al Sol das tu saludo,
Retozas en las trenzas doradas de sus rayos,
Y en los alegres días al hombre haces dichoso,
Y también a ti mismo, y al Melancólico arroyo.

¡Mas, ay, la Hoz! Las doradas espigas son segadas;
Ceres y Baco dan las buenas noches.
Dedos finos y helados tus flores embriagaron
Y lo que la guadaña respetó, el viento siega.

¡Oh, pobre y simple necio! ¡Y ahora Hielo verde!
Tus gozos tan durables cual Hierba en que te posas,

Nos dicen proveernos contra la lluvia de invierno,
Y detener sus aguas, con un cristal más grande.

¡Tú, el mejor de los Hombres y Amigos! Crearemos
En cada pecho un Genuino Verano;
Y a pesar de este Frío y del Destino helado
Deshiela este lugar para nuestro descanso.

Nuestro sagrado hogar arderá eternamente
Como llamas Vestales, el Viento norte
Golpeará sus alas abiertas, congeladas; disolverá
Este Etna en Epítome.

El Diciembre que cae entrará sollozando,
Su Reino usurpado lamentando,
Mas cuando comencemos en las lluvias de Grecia
Llorará: otra vez ha logrado su corona.

La noche cual claro Héspero apagará nuestros Cirios
Desde los luminosos Ventanales donde jugamos.
Y la oscura Hechicera desde su capa negra
Desnuda y mata su perdurable Día.

Así más ricos somos que no tentados Reyes,
Que sin nada pedir, no necesitan nada;
Aunque Señor de todo lo que los Mares abrazan,
Quien no se tiene a sí mismo, es pobre en realidad.

Andrew Marvell



Andrew Marvell

Se educó en Hull Grammar School y en Trinity College, Cambridge. Los diez años de su vida que van desde 1642 a 1652 son oscuros. Se sabe solamente que en ese lapso visitó el continente europeo. En 1651 fue nombrado tutor de la hija de Lord Fairfax, el triunfador de Naseby. Es casi seguro que hasta ese momento sus simpatías se inclinaban hacia hombres de tendencias no tan radicales, de aquellos que aún mostraban cierta adhesión a la causa realista. Pero al fin terminó admirando a Cromwell y adicto a su régimen. Miembro del parlamento como representante de la ciudad de Hull luchó sin desmayo por asegurar las libertades constitucionales. Entre sus amigos debemos señalar a Lovelace, Milton y Harrington. Defendió a Milton cuando éste fue procesado en 1660. Escribió mucho en prosa y algunas sátiras en verso, luego de la Restauración.

A SU TÍMIDA AMADA

Tuviéramos tan sólo un Mundo y Tiempo suficientes,
Esta timidez, Señora, un crimen no sería.
Nos sentaríamos, entonces, a pensar qué camino
Seguir para pasar el largo Día del Amor.
Tú, a la vera del Ganges
Encontrarías rubíes: Yo a la orilla del Humber
Habría de lamentarme.
Te amaría desde diez años antes del Diluvio:
Y, si así te place, habrías de rehusarme
Hasta la conversión de los Judíos.
Mi Amor vegetal habría de crecer
Más vasto que Imperios, y más lento.
Cien años pasarían en loar
Tus Ojos y Contemplar tu Frente.
Doscientos en adorar cada Seno;
Pero treinta milenios para el resto.
Una edad, cuando menos, cada parte,
Y la última Edad habría de mostrar el Corazón.
Pues, Señora, merecedora sois de este Estado;
Y menos yo no amaría.

Pero a mis espaldas siempre escucho
El alado Carruaje del Tiempo que se acerca de prisa:
Y más allá, ante nosotros yacen
Desiertos de vasta Eternidad.
Ya no será tu belleza encontrada
Ni sonará en tu bóveda de mármol

El eco de mi canción; entonces los Gusanos forzarán
Esa Virginidad largamente preservada;
Y la belleza de tu antiguo Honor en polvo tornaráse;
Y toda mi ansiedad será ceniza.
La Tumba es un lugar angosto y privado,
Pero creo que nadie allí se abraza.

Ahora, por lo tanto, mientras el joven color
Siéntase en tu piel como el temprano rocío,
Y mientras tu Alma bondadosa transpira
En cada poro con instantáneos Fuegos,
Gocémonos el uno en el otro.
Y ahora, igual que aves de presa enamoradas,
Devoremos cuanto antes nuestro Tiempo,
En vez de languidecer en su lento poder.
Unamos nuestras Fuerzas y toda
Esta dulzura en una sola Esfera:
Nuestro placer desgarrremos en áspera lucha,
A través de las puertas de Hierro de la Vida.
Así, aunque no podemos detener nuestro Sol,
Podemos cuando menos apurarlo.

DEFINICIÓN DEL AMOR

Mi Amor es de alcurnia tan rara
Como es su objeto extraño y elevado.
Fue engendrado por la desesperanza
Y lo Imposible.

Magnánima, la Desesperanza solamente
Pudo mostrarme cosa tan divina,
Allí donde jamás la débil esperanza había volado,
Mas sólo había batido sus alas de Oropel.

Y sin embargo, llegaría prestamente
Adonde mi extendida Alma está estacada,
Pero clava el Destino cuñas de Hierro,
Y siempre entre nosotros se interpone.

Pues ve el Destino con Ojo celoso
Dos amores perfectos; y unirse no los deja:
Sería esa unión su ruina
Y el fin de su Tiránico poder.

Por eso sus Decretos de Acero
Como Polos opuestos nos pusieron
(Aunque en nosotros gira el Mundo del Amor)
Para no ser por ellos abrazados;

A menos que el vertiginoso Cielo caiga,
Y un nuevo Cataclismo a la Tierra desgarre,

Y, para unirnos, el Mundo
Se contraiga y sea un Planisferio.

Como líneas oblicuas, bien pueden los Amores
Saludarse en cada Ángulo:
Mas son los nuestros tan exactamente paralelos
Que no habrán de encontrarse aunque infinitos.

Por eso el Amor que nos cautiva
Y que el Destino envidioso nos quita,
Es la Conjunción de nuestra Mente
y la Oposición de las Estrellas.

LA BELLA CANTANTE

Para de mí hacer una total conquista,
Creó el Amor Enemigo tan dulce,
En quien, para mi muerte, dos bellezas concuerdan,
Y en fatal Armonía ambas se unen,
Que mientras con sus Ojos mi corazón apresa,
Podría con su Voz cautivar mi Cabeza.

Podría haber huido de una sola belleza:
Mi Alma sin ligaduras se podría salvar,
Rompiendo los rizados escollos de su pelo.
¿Mas cómo evitarías ser su Esclavo
Si su Arte sutil puede tejer, invisible,
Mis grillos con el mismo Aire que aspiro?

Habría sido fácil luchar en la llanura,
Adonde la Victoria fuera a ambos posible.
Mas toda resistencia a ella es vana,
Pues tiene la ventaja de la Voz y los Ojos.
Serán todas mis fuerzas, entonces, destruidas
Habiendo ella ganado el Sol y el Viento.

LA CORONA

Porque con las espinas que hace mucho, demasiado,
Y desgarrado por tantas heridas,
Mi Salvador ha sido coronado,
Yo busco con Guirnaldas reparar ese Mal:
Por Prados y Jardines
Recojo flores (mis frutos son únicamente flores)
Y las Torres (2) fragantes dismantelo
Que ayer ornaron la cabeza de mi Pastora.
Y ahora que he juntado todo lo que tengo,
Pensando (así me engaño)
Que tan rica guirnalda he de tejer
Como jamás lució el Rey de la Gloria;
Mas, ¡ay!, encuentro la Serpiente vieja
Que retorciendo su manchado pecho,
Se enlaza oculta entre las flores,
Con coronas de Fama e Interés.

¡Ah, Hombre necio, que con ellas se envilece,
Y la Gloria mortal, Diadema de los Cielos!
Pero tú solamente podrías domeñar a la Serpiente
Y soltar con presteza sus resbaladizos nudos,
y desenredar sus lazos engañosos;
O también quebrantar, junto con ella, mi curiosa estructura,

(2) Alusión a los tocados de la época.

Y así dejarlas marchitarse, hasta que ella perezca,
Aunque hecha fue con Destreza y con Cuidado escogida.
Puedan ellas, mientras Tú hollas esos Restos,
Coronar tus pies, ya que tu cabeza no supieron.

DIÁLOGO ENTRE EL ALMA Y EL CUERPO

Alma ¡Oh! ¿Quién podrá levantar, desde esta Celda,
Un alma esclavizada en tantos modos?
Con grilletes de Huesos que aprisionan los Pies;
Y esposas en las manos.
Aquí cegada con un Ojo, y allí
Ensondecida con el tamborileo de un Oído.
Un alma suspendida, cual si fuera en Cadenas
De Nervios, de Arterias y de Venas.
Torturada, junto con otras partes,
En una vana Cabeza y un falso Corazón.

Cuerpo ¡Oh! ¿Quién habrá de liberarme totalmente
De los lazos de esta tiránica Alma?
Que tan rectamente me impele
Que voy hacia mi propio Precipicio;
Y da calor y agita esta estructura que nada necesita:
(La Fiebre haría lo mismo)
Y buscando dónde volcar su despecho
Vida me dio para dejar que muera.
Un cuerpo que jamás descansar pudo
Ya que este malo Espiritu lo posee.

Alma ¿Qué Magia podría confinar
A languidecer en la pena de otro?
Donde lo que se lamenta
No puede hacer oír su queja.
Y todos mis cuidados él dispone
Para salvar lo que a mí me destruye:

Constreñida no solo a soportar
Enfermedades, sino lo que es peor, la Cura.
Y a menudo, pronta a ganar el Puerto,
Náufrago en la salud de nuevo

Cuerpo. Pero la Medicina jamás podría alcanzar
Esas dolencias que me enseñas;
Tú, que primero atormentas
Con el calambre de la esperanza,
Y luego el Paralítico Estremecimiento del Temor.
Agrávase la Peste del Amor
O devora la Úlcera del escondido Odio.
Aturde la gozosa Locura de la Alegría
O aqueja otra Locura de la Pena.
Lo que el conocimiento me fuerza a conocer;
Y a lo que la Memoria jamás renunciaría;
¿Quién tendría este ingenio sino un Alma
Para edificarme tan apto al pecado?
Igual los Arquitectos cuadran
Los verdes Árboles que en el bosque crecieron.

Sir John Suckling



Sir John Suckling

Poeta, dramaturgo y cortesano. Nació en Twickenham, Middlesex en 1609 y murió en 1642. Hijo de un oficial de la corte, pudo seguir estudios en Trinity College, Cambridge. Viajó entre los años 1628 y 1632 al continente. Luchó a las órdenes de Gustavo Adolfo. A su regreso se unió a un círculo de cortesanos que cultivaban el ingenio y entre ellos logró una gran reputación por su talento y disipación. Luchó contra los escoceses en la primera *Bishops' War* y participó en 1641 en el *Army Plot* –conspiración de tendencia realista– que fue desbaratada. Huyó a Francia donde murió. Hay quien afirma que se suicidó. Escribió cuatro dramas cuyo interés principal para nosotros está en las numerosas alusiones a escritores contemporáneos.

MI QUERIDO RIVAL

Mi querido Rival, no sea que nuestro Amor
Excéntrico se mueva.
Antes de que él aprenda a desviarse
Lo enseñaremos y en camino lo pondremos,
Y tales instrucciones le daremos,
Que nunca ha de extraviarse.
Sabe primero, entonces, que tan devotos serviremos
A una pobre sonrisa, como habríamos de hacerlo
A lo que nuestra llama más alta,
O nuestro deseo más vano construyese.
Imposible será nuestra esperanza;
Y una que otra vez podrá el Amor
Unirse a la Fantasía
Y pensar eso que la razón condenaría:
Y con estas razones tan fielmente amaremos
Como ellas, sin duda, habrán de asegurarlo.
Y, por estas cosas, castamente nos detendremos
Como si mañana fuese hoy.
Mientras tanto, ambos enseñaremos a nuestros corazones
A soportar las cargas del Amor:
Tú, suspirarás primero, y dirás que ella es bella;
Yo aún responderé: incomparable.
Tú habrás de destacar cada parte del rostro,
Mientras yo exaltaré cada pequeña gracia.
Serás arrebatado por su ingenio,
Y yo, por la sutileza que domina.
Te agradará esa mano, ese ojo,

Ese labio, esa mirada, esa majestad;
Y en buen idioma los adorarás;
Mientras, yo carezco de palabras, y hago más.
Sí, nos sentaremos y suspiraremos por un rato.
Y con suaves pensamientos nos solazaremos.
Mas al punto, comenzaremos a loar otra vez
Todo aquello que habíamos exaltado, en modos nuevos.
Tal lo que haremos hasta que la pálida muerte
Un mandamiento traiga pidiendo nuestro aliento;
Y luego aquél cuyo destino sea
Morir primero de los dos, como Herencia
Todos sus bienes legará, y dará
Su amor a aquél que sobreviva;
Pues el de uno solo nunca puede bastar
Para amar tanto como ella merecerá.

CANCIÓN

¡Increíble! He amado
Tres enteros días seguidos;
Y soy capaz de amar otros tres más
Si sale el sol.

Al Tiempo se le caerán las plumas de las alas
Antes de que encuentre otra vez
En todo el ancho mundo
Amante tan constante.

Pero lo malo es que no merezco
Elogio alguno:
No se habría quedado Amor conmigo
Si otra fuese y ella no.

Si otra fuese y ella no,
Y ese Rostro solamente,
Habría habido en su lugar
Docenas de docenas.

CANCIÓN

¿Por qué tan pálido y triste tierno amante?
Te ruego, ¿por qué tan pálido?
Acaso si el buen aspecto no la atrae,
¿Tu apariencia de enfermo lo podrá?
Te ruego, ¿por qué tan pálido?

¿Por qué tan apagado y mudo joven Pecador?
Te ruego, ¿por qué tan mudo?
Acaso si el buen hablar no logra persuadirla,
¿El callar lo podrá?
Te ruego, ¿por qué tan mudo?

Deja, deja, por vergüenza, eso no la alcanza,
Eso no la logra.
Si ella por sí misma amar no quiere,
Nada hará que se rinda:
El Diablo se la lleve.

Aurelian Townshend



Aurelian Townshend

Perteneció a una familia de Norfolk que alcanzó mucho prestigio en tiempos de los Tudor. Bajo la protección de Sir Robert Cecil, quien lo preparó para preceptor de su hijo, viajó a Francia entre 1600 y 1603. Se sabe poco de su vida. Entre 1631 y 1632 escribió dos pequeñas obras dramáticas. Solamente consta que en 1643 se dirigió a los Lores pidiendo que no se lo arrestara por deudas que había contraído. Los poemas de Townshend no habían sido recopilados hasta el presente siglo.

VICTORIA DEL AMOR

Victoriosa belleza, aunque pueden tus ojos
Ejércitos subyugar,
Y es por ello improbable que se ufanen
De lograr otra presa,
No desprecies ni un solo corazón.

Vino solo, pero sin embargo tan armado
Con el amor primero, que osaría jurar
Que donde esta coraza secreta fuera usada,
Y con los caracteres de la belleza encantado,
Podría haber huido ileso.

Mas ni un pecho de acero o de piedra
Escudo puede ser a tus miradas,
Ni puede una belleza menos divina
Por otro corazón ser largamente poseída,
Donde tú buscas algo.

Tu Conquista de mí
Asaz pequeña es; mas respecto
A aquélla que mi Amor protegió,
Si revelado fuera, mereces ser
Tenido por victoria.

Y ésta, como quizá pueden decir
Algunos que su rostro contemplaron
Aunque mi corazón tú me has robado,
Si todos tus sirvientes no te fueran leales,
De ti puede robar un corazón o dos.

DIÁLOGO ENTRE EL TIEMPO Y UN PEREGRINO

Peregrino:

Hombre anciano que siegas estos campos

Tiempo:

Di, Peregrino, ¿cuál es tu voluntad?

Peregrino:

¿De quién es este suelo que da pastos
tan dulces?

¿O quién eres tú cuyo Pie jamás reposa?

¿O dónde estoy?

Tiempo:

En amor

Peregrino:

Arriba yace el Señor.

Tiempo:

Sí, y abajo y alrededor

Y allí adonde crecen toda clase de flores

Las que al brotar con la temprana Primavera

Segadas son prestamente por el Tiempo

Peregrino:

Si tú eres el Tiempo, tienen Vida estas Flores,

Y entonces temo

Por algún Lirio que aquella que amo
Pueda estar cultivando.

Tiempo:

Y en algún Abrojo o Brizna de hierba,
(Mi guadaña pase por tu tallo antes que el de ella venga.)

Peregrino:

¿Lo evitarás si ocurre?

Tiempo:

No.

Peregrino:

¿Por qué?

Tiempo:

Porque no puede el Tiempo sino obedecer las
Leyes del Destino.

Coro:

Entonces felices aquellos a quienes el Destino,
Que es más fuerte,
Sus fibras trenza juntamente, y sin embargo,
Alarga más la de ella.

SOBRE EL AMOR TIERNO Y VERDADERO

No importa qué ingeniosa, qué liberal,
Ni cuán hermosa es ella,
Sino cuán dulce es y cuán sincera.
Ingenio y Libertad a ninguno aprisionan,
Y brilla la Belleza como el Sol;
Pero la tierna y fiel es sólo mía.

Deja que otros se sienten muy atentos
Y que escuchen y admiren su ingenio;
Yo no habré de estrellarme en esa roca,
Deja que otros se pierdan por sus ojos
Y que sus corazones quemen en sacrificio.
La Belleza es sosiego donde yace el peligro.

Mas la Fidelidad y la Ternura se probó largamente
Como un puerto adonde nos podemos confiar,
Y allí flotar anclados, sin peligro.
Allí libres estamos del cambio de los vientos,
Y temer no es preciso tiránica Tormenta
Ni Pirata, aunque Príncipe él fuera.

Henry Vaughan



Henry Vaughan

Nació en Newton-by-Usk en Brecknockshire, en el seno de una familia galesa importante. Estudió en Oxford. Alternó sus ocupaciones de médico con las de poeta. Sus primeros poemas seculares se publicaron en 1646. En 1648 cambió su actitud espiritual y desde entonces compuso poesía sobre temas religiosos. El nombre de su libro *Silex Scintillans*, escrito entre 1650 y 1655, alude a la naturaleza de su conversión.

A AMORET, QUE HA PARTIDO

Fantasía y yo, anoche paseamos juntos,
Y, Amoret, de ti nosotros hablamos;
Occidente ya había robado el Sol
Y habían comenzado sus últimos rubores:
Nos sentamos, y vimos cómo todas las cosas
Lamentaban su ausencia; cómo la Primavera
Que sonreía, y en torno de sus rayos se rizaba
Cuando él estaba aquí, ahora sus corrientes contenía:
Y los remolinos traviesos de su rostro
Ahora hacían menos ruido, más suave era su gracia.
Y fueron por un lento y triste cauce
Sus penas susurrando a la ribera.
Las hileras de flores, en su desaliño,
Cubrían su cabeza con senos fragantes,
Y en abrazo generoso y abierto
Abrigaban su rostro muy radiante;
Como ausentes amigos señalan el Oeste
Y en esa débil reflexión se gozan.
Si Criaturas, entonces, que no tienen razón,
Sino la floja unión de la influencia,
(Aunque tiempo y destino aparten cada día
Aquellos elementos que componen su amor)
A distancias enormes se comprenden
¿Por qué, Amoret, por qué, nosotros no podremos?

EL RETIRO

¡Felices aquellos días cuando
Brillé en mi angélica infancia!
Antes de comprender que este lugar
Se había escogido para mi segundo camino,
O de enseñar a mi alma a imaginar, únicamente,
Un blanco, celestial pensamiento;
Cuando tan sólo había caminado
Una milla o dos desde mi amor primero,
Y mirando hacia atrás (aún tan cercano)
Destellos pude ver de su rostro muy claro.
Cuando en alguna nube o flor dorada
Mi alma contemplativa una hora habitaba,
Y en aquellas glorias más débiles veía
Sombras de eternidad;
Antes de que enseñase a mi lengua a herir
Mi conciencia con sonidos blasfemos;
O tuve el negro arte de dispensar
Varios pecados para cada sentido,
Sentí a través de todo este atavío de carne,
Luminosos destellos de perdurable vida.
¡Oh, cuánto anhelo retornar
Y hollar otra vez el antiguo camino!
¡Pueda alcanzar de nuevo esa llanura
Donde antaño dejé gloriosa estirpe,
Desde donde el espíritu iluminado ve
La umbría Ciudad de las Palmeras!
Pero (¡Ay!) de quedarse mi alma

Está embriagada y el camino vacila.
Algunos aman ir hacia adelante
Mas yo iría con pasos hacia atrás;
Y cuando este polvo en la urna caiga
Habré de retornar igual que vine.

LA MORADA

San Juan, Cap. I, vers. 38, 39

¿Qué fuente feliz, secreta,
Qué bella sombra o montaña,
Cuya virginal, no descubierta gloria,
Se ufana en este día, y aunque no está en la historia,
Fue entonces tu morada? ¿Acaso alguna nube
A una Tienda fijada, desciende y amortaja
Mi angustiado Señor? ¿O quizá una estrella,
Aunque alta y lejana, ante una señal suya,
En brillantes sonrisas apresurada baja,
Para luz albergar, para aumentar la propia?
¡Mi Dios, querido Dios! No sé
Qué te albergó entonces, ni dónde, ni cómo;
Pero seguro estoy que a menudo has venido
A una cámara rústica y angosta,
Donde sólo has tenido la más pequeña parte,
Quiero decir, Dios mío, a mi blasfemo corazón.

PAZ

Alma mía, hay un país
Allende las estrellas,
Donde un alado centinela espera
Diestro en todas las guerras.
Allí, sobre ruido y peligro,
La dulce paz se sienta, la coronan sonrisas,
Y Uno que ha nacido en un Pesebre
Comanda las bellas huestes;
Él es tu bondadoso amigo
Y (Alma mía, ¡despierta!)
Descendió en puro amor
Para morir por ti.
Si solamente puedes ir hacia allá,
Allí la flor de la paz crece,
La rosa que no puede marchitarse,
La fortaleza tuya, tu descanso
Abandona tus necios aledaños,
Pues a ti nadie puede salvarte
Sino uno, alguien que nunca cambia,
Tu Dios, tu Vida, tu Cuidado.

HIMNO DE ASCENSIÓN

¡Todos ellos han ido al mundo de la luz!
Y yo aquí, solitario, permanezco;
Aún su recuerdo es bello y luminoso,
Y alumbran mis aciagos pensamientos.

Resplandece y brilla en mi pecho nublado,
Igual que las estrellas sobre un monte sombrío,
O esos pálidos rayos que visten la colina
Cuando el sol ya se ha puesto.

Los veo caminando en un Aire de gloria
Y holla su luz mis días:
Mis días que son cuando mejores tristes, fríos,
Mero rielar y luego marchitarse.

¡Oh agradable esperanza! ¡Oh alta humildad,
Alta como los cielos!
Estos son tus caminos; tú me los enseñaste
Para inflamar mi amor.

¡Querida, bella muerte! Alhaja de los Justos,
En las sombras brillando solamente;
¿Qué misterios se esconden más allá de tu polvo?
¡Pudiese el hombre ver allende esa marca!

Aquel que ha encontrado nidos de aves plumosas
Sabrá al sólo verlos si el ave ha volado;

Pero en qué bella fuente o Monte canta ahora,
Eso le es ignorado.

Y, sin embargo, como Ángeles en sueños más brillantes
Llaman al alma cuando el hombre duerme,
Así, extraños pensamientos trascienden nuestros temas
 habituales
Y a la gloria se asoman.

Si fuera una estrella confinada a una Tumba
Allí tendrían que arder las llamas prisioneras;
Mas si la mano que la aprisionó la liberara,
Entonces brillaría en todo el universo.

¡Oh Padre de la vida eterna
Y de todas las glorias creadas en tu reino!
Aparta tu espíritu de este mundo de siervos
Bríndalo a la verdadera libertad.

Dispersa estas brumas que manchan y que colman
Al pasar mi perspectiva,
o llévame de aquí hacia aquella colina
Desde donde podré contemplar todo

Índice

Presentación	VII
Sobre la presente edición	IX
Prólogo	XI
Thomas Carew	3
Contra la mediocridad en amor	5
Belleza ingrata amenazada	6
A mi amada inconstante	7
María Wentworth	8
Abraham Cowley	13
El cambio	15
Himno a la Luz	16
Richard Crashaw	23
Horóscopo de amor	25
Himno a la Navidad	28
John Donne	37
Disolución	39
El sueño	40
Elegía IX	42
Sonetos	44
George Herbert	49
Alas de Pascua	51
Las ventanas	52

Aarón	53
Virtud	54
Amor	55
Vida	56
Henry King	59
Soneto	61
Las Exequias	62
Lord Herbert de Cherbury	69
Elegía sobre una tumba	71
A sus ojos	73
Lágrimas, no fluyáis más	75
Richard Lovelace	79
A Lucasta, al partir	81
A Lucasta, partiendo hacia la guerra	82
La búsqueda	83
El saltamontes	84
Andrew Marvell	89
A su tímida amada	91
Definición del amor	93
La bella cantante	95
La corona	96
Diálogo entre el alma y el cuerpo	98

Sir John Suckling	103
Mi querido rival	105
Canción	107
Canción	108
Aurelian Townshend	111
Victoria del Amor	113
Diálogo entre el Tiempo y un Peregrino	115
Sobre el amor tierno y verdadero	117
Henry Vaughan	121
A Amoret, que ha partido	123
El Retiro	124
La morada	126
Paz	127
Himno de Ascensión	128

Esta colección ha sido creada con un fin estrictamente cultural y sus libros se venden a precio subsidiado por el Ministerio del Poder Popular para la Cultura. Si alguna persona o institución cree que sus derechos de autor están siendo afectados de alguna manera puede dirigirse a:

Ministerio del Poder Popular para la Cultura
Av. Panteón, Foro Libertador,

Edif. Archivo General de la Nación, planta baja, Caracas 1010.

Tlfs.: (58-212) 564 93 83 / 564 80 23 / 564 01 06

Fax: 564 44 71 / elperroylaranaediciones@gmail.com

comunicaciones@elperroylarana.gob.ve / editorial@elperroylarana.gob.ve

Caracas - Venezuela

Este libro se terminó de imprimir
durante el mes de *julio de 2007*
Fundación Imprenta Ministerio de la Cultura
3000 ejemplares / Mando creamy 60 grs.

